
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
TERROR PARTY
LOU CARRIGAN

El anuncio había aparecido una semana atrás en varios periódicos, pero donde lo había leído Patricia Winston había sido en el «Charleston Post». Lo decía bien claramente:

«Venga a contar su cuento de miedo en la Terror Party. Hay varios premios de cinco mil dólares y uno especial de veinticinco mil. Escriban al Apartado 20.005 de Charleston antes de una semana».

Lou Carrigan

Terror party

Bolsilibros: Selección Terror - 617

ePub r1.3

Titivillus 29.11.2019

Lou Carrigan, 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





SELECCION
TERROR

El anuncio había aparecido una semana atrás en varios periódicos, pero donde lo había leído Patricia Winston había sido en el «Charleston Post». Lo decía bien claramente:

«Venga a contar su cuento de miedo en la Terror Party. Hay varios premios de cinco mil dólares y uno especial de veinticinco mil. Escriban al Apartado 20.005 de Charleston antes de una semana».

Patricia había escrito en seguida, y la respuesta le había llegado también rápidamente. En un elegante sobre se incluía una cartulina con grabados supuestamente espeluznantes y en la que se indicaba cómo debía llegar el concursante al lugar donde sería recogido.

No era demasiado complicado, al menos para los que vivían en Charleston. Había que llegar con el coche hasta el cruce de Savannah Road con St. Andrews; en James Island, y desde dicho cruce descender hasta traspasar el Wapoo Creek. Milla y media más al sur se encontraba una bifurcación triple; había que tomar el camino de la izquierda, es decir, el que se dirigía hacia la playa de South Channel, y seguir por él hasta ver la camioneta amarilla, que estaría estacionada a un lado del camino.

Aquí, en este punto, se tenía que dejar el coche propio y subir a la camioneta, en la cual serían llevados al lugar de destino. Por supuesto, al término del concurso todos los participantes serían devueltos al lugar donde habían dejado sus respectivos coches, a fin de cada cual emprendiera el regreso a sus domicilios.

Era muy simple.

Al menos se lo parecía a Patricia, que finalmente, siguiendo las descritas instrucciones, llegó aquella tarde, alrededor de las seis, al lugar donde estaba la camioneta amarilla. Así pues, buscó un lugar donde dejar el coche donde no le molestase a nadie, lo cerró bien y, con su pequeño maletín de viaje, se encaminó hacia la camioneta

amarilla.

Sólo entonces se dio cuenta de que dentro de la camioneta había varias personas más esperando. La luz solar vespertina, con sus reflejos, le había impedido ver el interior del vehículo, pero apenas puso un pie en el estribo de la entrada lateral de la camioneta vio a las demás personas, que estaban ya ocupando unos asientos habilitados para el transporte de personas.

—Buenas tardes —saludó Patricia, tras un breve titubeo.

Obtuvo un murmullo por respuesta. Terminó de subir a la camioneta, y su mirada buscó un asiento libre. Casi en el centro del vehículo, un hombre se puso en pie.

—Aquí hay un asiento libre, señorita —ofreció.

A Patricia le gustó el hombre. Debía tener unos treinta y cinco años, era alto, delgado pero musculoso, de facciones angulosas, ojos oscuros, boca firme. Atractivo, pero quizá demasiado serio, lo cual no disgustaba en absoluto a Patricia, que se acercó.

—Gracias.

—No faltaba más. Me llamo Malcom Ryders.

Patricia se dio cuenta de que todos los ocupantes de la camioneta amarilla la estaban mirando con curiosidad valorativa. Evidentemente, todos los que estaban allí se proponían ganar el premio especial de veinticinco mil dólares, o, cuando menos, uno de los cinco mil. Y cada cual debía creer que mirando a los demás podía prever qué clase de rival «cuentacuentos» tenía delante.

—Yo soy Patricia Winston —sonrió ésta—. Encantada, señor Ryders.

Le tendió la mano. Le gustó el contacto de la de Ryders, y su sonrisa prieta. Patricia era alta, esbelta, rubia, de ojos azules. Era muy bonita, de cuerpo fino pero muy sugestivo. Estaba acostumbrada a ver en las miradas de los hombres un deseo muy concreto y a veces molesto, por no decir vejatorio. No vio esa expresión en los ojos de Malcom Ryders, lo que contribuyó a que todavía le cayese mejor.

—No sé si falta alguien más por llegar —dijo Ryders—, pero por si acaso le presentaré a los demás. Así nos vamos conociendo para cuando lleguemos al lugar del concurso. Se puede ser rival pero no enemigo, ¿no le parece, señorita Winston?

—Por supuesto —sonrió de nuevo la linda Patricia.

Malcom procedió a las presentaciones.

—El señor y la señora Ferguson, él Ronald, ella Katy. El señor Peter Marlowe y su hija Sally. Las señoritas Eleonor y Dorothy Chalmers, hermanas. El señor y la señora Hawkins, él John, ella Emma. Y el señor Sergio Cavalli y la señorita Gina Fornaro, amigos y visitantes ocasionales de Charleston.

A medida que Ryders hacía las presentaciones, Patricia saludaba con un gesto y una sonrisa que eran correspondidos. El señor y la señora Ferguson debían de tener unos cincuenta años de promedio, y parecían el clásico matrimonio norteamericano respetable, pero siempre escaso de fondos. Las señoritas Chalmers no debían de tener menos de sesenta años, y parecían observar el mundo con una cierta crítica; indudablemente eran dos solteronas de cuidado. El señor y la señora Hawkins podían tener cuarenta y treinta y cinco años respectivamente, eran ambos muy apuestos, y parecían muy divertidos; ella tenía unos ojos azules sencillamente preciosos. El señor Marlowe podía tener algo más de cincuenta años, y estaba demasiado obeso; en cambio, su hija Sally, una linda pelirroja de poco más de veinte años, de ojos verdes y sonrisa tímida, estaba muy delgada, casi esquelética, y no parecía nada feliz allí. Por último, los más alejados, Sergio Cavalli y Gina Fornaro, eran los más jóvenes y rozagantes del grupo, vitales, sonrientes, hermosos, sanos; él parecía un atleta, y ella no le iba a la zaga: Los dos llevaban el cabello muy corto, los dos tenían los ojos oscuros, la boca sonriente.

Patricia se sentó junto a la ventanilla, obsequio del galán te Malcom Ryders, que comentó:

—Es un sitio bastante incómodo donde estamos. Creo que hay bastantes pantanos en la zona.

—La red de caminos es buena —aseguró Patricia—. No debemos preocuparnos, señor Ryders. ¿Quién conduce la camioneta?

—No tengo ni idea.

Como si el tema de conversación hubiera sido una invocación, apareció el conductor. Es decir, supieron que era el conductor unos segundos más tarde, cuando el personaje llegó a la camioneta, subió a ella, cerró la portezuela, y dijo, con voz que parecía brotar de un pozo húmedo y muerto:

—Soy Augustus: les llevaré a la casa.

Nadie podía reaccionar. Todas las miradas permanecían en el tal Augustus, que, moviéndose torpemente, se dispuso a ocupar el sitio ante el volante del vehículo.

Augustus medía tal vez metro noventa, tenía unos hombros colosales, y unas manos enormes. Parecía tener unos treinta y cinco años, y sus facciones absolutamente inexpresivas tenían un tono gris que correspondía a su mirada mortecina. Vestía pantalones grises y jersey negro, zapatillas deportivas, todo ello viejo y deteriorado. Sus lacios cabellos tenían un tono gris sucio. Se movía despacio y con evidente torpeza.

—Dios mío —susurró Patricia, inclinándose hacia Malcom—, ¡parece un zombie!

—Soy un zombie —dijo, Augustus, volviéndose en el asiento, mostrando sus dientes negros y podridos en una imitación tétrica de sonrisa.

Patricia se mordió los labios conteniendo un respingo. Los demás miraban con expresión entre asustada y escéptica a Augustus, que puso la camioneta en marcha. Malcom susurró:

—Por lo menos parece que la cosa va a ser divertida.

—¿Se lo parece a usted? Francamente, esto de tratar con un zombie no me hace mucha gracia.

—¡Vamos! —rió quedamente Malcom—. ¡No se habrá creído eso, señorita Winston! ¡Los zombies no existen! Bueno, me permito preguntarle si sabe usted a qué llaman un zombie.

—Pues… es un muerto resucitado con brujerías… ¿No?

—Sí. Según eso, Augustus habría muerto y ahora está vivo, o más o menos vivo, gracias a los sortilegios de alguna bruja. ¿Realmente se cree usted eso?

—No sé qué pensar.

—Mire —le sonrió ceñudamente Malcom—, una cosa es que nosotros hayamos venido a contar cuentos de miedo en una Terror Party, o sea una… fiesta o festival de terror, y otra cosa es que nos vengan a nosotros con cuentos chinos. ¿No le parece? ¡Pero qué zombies ni qué gaitas…!

—Seguramente tiene usted razón —terminó por sonreír Patricia—, pero a mí me ha impresionado Augustus.

—Mi esposa no impresiona tanto como yo —dijo Augustus, que sin duda tenía el oído muy fino—. Pronto la conocerán: se llama

Camelia.

Nadie contestó. Lo quisieran o no el supuesto zombie los tenía a todos cuando menos una pizca impresionados.

Tardaron muy poco en conocer a Camelia, en efecto. Augustus condujo finalmente por un camino más estrechó que los llevó ante una vieja casa bastante grande y de aspecto no demasiado deteriorado considerando el lugar, pantanoso y aislado. No parecía haber motivo ni aliciente alguno para que alguien viviera en semejante lugar, que todavía parecía más siniestro debido a la proximidad de la noche. De todos modos, había luz más que suficiente para ver a Camelia, que apareció como una sombra y fue presentada por Augustus de este modo:

—Damas y caballeros: esta es Camelia, mi amadísima esposa.

—¿Cómo están? —hizo un remedo de genuflexión Camelia—. Los acompañaré al salón, y Augustus se ocupará de sus equipajes. Aunque está previsto que solamente pasarán aquí esta noche, he puesto estufas en todas las habitaciones. Espero que se encuentren confortablemente instalados.

—Es usted muy amable —dijo Malcom Ryders—. Gracias, Camelia.

Patricia seguía mirando fijamente a la mujer zombie. Podía tener lo mismo treinta años que trescientos, a juzgar por sus facciones inexpresivas e inertes, tan grisáceas como las de Augustus. Vestía una especie de bata de tono azul oscuro, casi negro, y calzaba zapatones de medio tacón como los de Augustus. Sus ojos negros parecían estar muy profundos y podridos, y sus cabellos mostraban un color castaño sucio, tirando a amarillento. Como Augustus, producía una impresión como de frío, como de tumba, como de tiempos y cosas muertas. A cada paso que daba resonaban sus tacones, toc, toc, toc, toc…

La siguieron todos al interior de la casa, que disponía de un amplio vestíbulo al que daban varias puertas. Camelia fue hacia una de ellas, de hoja doble, y la abrió, echándose a un lado. Los invitados fueron entrando en el salón, indecisos, mirando a todos lados… Y a medida que entraban iban sintiendo todos la inquietante sensación de que las cosas no eran como habían pensado.

El salón era muy grande, había una alargada mesa oval en el

centro, y, a un lado, dos juegos de sofá y sillones y piezas sueltas donde sentarse. La iluminación no era eléctrica, sino que la proporcionaban antorchas bien distribuidas que hacían brillar siniestramente los viejos muebles.

Colgados de la lámpara, y de algunos ganchos de las paredes, había en total no menos de una docena de esqueletos.

—La Reina vendrá en seguida —dijo Camelia—. ¿Desean tomar algo?

Todas las miradas permanecían fascinantemente fijas en los esqueletos. Sally Marlowe estaba lívida. Las hermanas Chalmers tenían los ojos brillantes, malignos. Los esqueletos mostraban un tono amarillento opaco realmente tétrico.

Malcom Ryders los señaló.

—¿Son de plástico? —preguntó.

Camelia lo miró con sus ojos que verdaderamente parecían llenos de una muerte vieja, de una muerte antigua, y luego miró lentamente; los esqueletos, para volver a mirar por fin a Malcom Ryders.

—No, señor, no son de plástico.

—Bueno —sonrió Ryders—, creo que el susto bien merece un *whisky*. ¿Puede usted servírnoslo?

—Para eso estoy aquí, —dijo Camelia con voz de tumba helada —. ¿Desea algo alguien más?

Patricia pidió un cóctel, y los demás diversas bebidas no alcohólicas, excepto las hermana Chalmers, que pidieron jugo de tomate y la joven y pelirroja Sally Marlowe, que pidió Coca-Cola, lo cual le atrajo un simpático reproche por parte de Malcom:

—Es peor la coca que el *whisky*, señorita Marlowe.

—¿Por qué no se ocupa de sus asuntos? —le espetó el padre de la muchacha.

—Esa es una de las buenas ideas de la vida —aceptó Malcolm sin inmutarse—. Se me terminaron los cigarrillos.

—Yo tengo —dijo Patricia:

Abrió su maletín de viaje, que había conservado consigo, y sacó el paquete de cigarrillos. Malcom encendió dos y le ofreció uno, sonriendo y mirándola con cierta expectación. Patricia también sonrió, y aceptó el cigarrillo. Los demás cuentacuentos se iban

acomodando en sofás y sillones a medida que Camelia les iba sirviendo sus bebidas. Desde el centro del salón Patricia vio pasar una vez al gigantesco y atlético Augustus cargado con algunas maletas. Evidentemente, Malcom también lo vio, porque comentó, en voz susurrante, como cómplice:

—Algunas personas se llevan la casa a cuestas para pasar fuera el fin de semana. Yo he traído lo puesto, la afeitadora y el cepillo dental.

—Más o menos lo mismo que yo —rió Patricia, mostrando su maletín.

Se sentaron juntos en un extremo de un gran sofá. Nadie hablaba. Camelia se había retirado. Las antorchas y los esqueletos constituían un decorado poco propicio al jolgorio, ciertamente… De pronto entró Augustus, cargando con un amplio sillón de brazos tapizados y decorados con purpurina. Lo colocó en un ángulo del salón que dominaba el resto de la pieza, y se quedó de pie, esperando. En la entrada al salón sonó una voz chirriante y aguda, que parecía como roces de cristal y hojalata, algo insólito, crispante:

—Buenas noches a todos. Soy Queen Perverse.

Por supuesto todos miraron hacia el nuevo personaje. Parecía una mujer, y debía serlo, a juzgar por el nombre (Queen Perverse = Reina Perversa), pero lo seguro es que no se trataba de una mujer corriente, ni por asomo. Para empezar, su edad era indefinible, lo mismo podía tener setenta arios que ciento cincuenta. Vestía una túnica blanca con estampado rojo que parecían grandes manchas de sangre seca. Era casi calva, de facciones arrugadas y horrorosas, boca desdentada, un adefesio absoluto que, además, era tuerta; le faltaba el ojo derecho, sobre el cual llevaba un parche de cuero blanco en el cual se había pintado un ojo azul que resultaba cuando menos grotesco. El conjunto era sencillamente horripilante y repugnante, pese a que el adefesio pretendía parecer elegante y hasta atractiva pintándose los labios y maquillándose. Era, en fin, un esperpento suficiente para darle un susto al miedo.

—Caramba —susurró apenas Malcom al oído de Patricia—. ¿No es esa la Brooke Shields?

Patricia Winston miró vivamente a Malcom, y se mordió los labios. El ojo sano de Queen Perverse, negro, diminuto, legañoso,

enrojecido por suciedades y cóleras, fue como un rayo hacia la atractiva pareja, y permaneció saltando de uno a otra. Luego, sin haber dicho nada más, el monstruo se encaminó con paso que parecía de rata jorobada hacia el sillón tapizado y decorado con purpurinas. Lo ocupó, paseó la maligna mirada en torno, y dijo:

—Sean tan amables de decirme sus nombres, y procederemos al sorteo para iniciar la velada.

—Perdone —alzó una mano Malcom—. ¿No vamos a cenar?

—Luego. Primero escucharemos los cuentos, luego cenaremos cambiando impresiones, y antes de retirarnos todos a descansar procederemos al reparto de premios según los méritos de cada cuento. Espero que le parezca a usted bien.

—Pues francamente, si —admitió Malcom.

—Gracias. ¿Quién es usted?

Malcom se presentó y presentó acto seguido a Patricia Winston. A continuación fueron presentándose los demás, mientras Queen Perverse iba tomando notas en una libreta de tapas doradas. Cuando terminaron las presentaciones, el negro ojo legañoso efectuó un lento recorrido por el ámbito siniestro de la reunión.

—Aunque durante la cena quizá tenga que modificar mi opinión al escuchar las críticas de todos los presentes, por el momento iré puntuando los cuentos según mi criterio personal. La puntuación oscilará entre el cero y el nueve, y no creo que sea necesario explicar que se llevará el premio mayor el cuento que obtenga más alta puntuación, y los de cinco mil dólares los que le sigan. En caso de empate se procederá a analizar el cuento y seguiremos con una votación en la que intervendremos todos menos los que hayan relatado los cuentos. ¿Están de acuerdo?

Hubo un murmullo de asentimiento. Era un alivio dejar de oír la voz de Queen Perverse; posiblemente nadie había escuchado jamás un sonido tan chirriante y hostil, tan desagradable.

Queen Perverse señaló con un gesto de rata tullida al gigantesco supuesto zombie.

—Espero que Augustus les haya dicho ya que es un zombie. Tanto él como su esposa Camelia me son absolutamente fieles, y con razón, pues fui yo quien los rescató a ambos de la muerte. Si no hubiera sido por mí, ahora serían cadáveres ya putrefactos y descompuestos. ¿No es cierto, Augustus?

—Sí, Reina —dijo con su voz de pozo húmedo Augustus.

—¿Puedo hacer una pregunta? —solicitó Malcom.

—Diga, señor Ryders.

—¿Quién o qué es usted?

—Ya lo han oído antes: soy Queen Perverse. La Reina Perversa. O si lo prefieren, la Reina de la Perversión. Señor Ryders, yo no estoy invirtiendo esta noche cincuenta mil dólares para que usted me interrogue, sino para escuchar sus cuentos de miedo. Me complacen. Me solazan. Lo cual es lógico si tenemos en cuenta mi carácter malvado y perverso, ¿no le parece?

—Señora —dijo Malcom—, si hay algo que a usted le está sobrando hasta ahora es lógica. Es una persona de lo más consecuente y lógica, de veras.

—Celebro que lo vea así, señor Ryder. Bien… ¿Quién de ustedes va a contar el primer cuento?

—¿Podríamos ser nosotras? —pidió Eleanor Chalmers—. Si no le importa yo contaré medio y mi hermana lo terminará, así nos repartimos el esfuerzo de hablar. Es que ambas tenemos la garganta un poco delicada, y con el humo del tabaco cuanto más tardemos en hablar más nos costará.

—No creo que nadie tenga que oponer —asintió Queen Perverse —. Pueden comenzar.

—Gracias. El cuento podríamos titularlo «Comité de recepción», y dice así:

Kid llegó a pie al lugar donde le estaban esperando. Tenía la sensación de que había caminado mucho, pero no se sentía cansado en absoluto. Y esto era extraño, porque él nunca había sido precisamente un atleta.

Pero, no, no se sentía cansado. El viaje había sido tan ligero que incluso le parecía que más que caminar había volado. Lo cual no podía ser, ya lo sabía, pero esa era su impresión: había volado.

No pudo contar cuántas personas integraban el comité de recepción, porque además de ser muchas estaban como apelotonadas.

Eran unas personas… extrañas.

Insólitas.

O tal vez lo extraño y lo insólito estaba en el lugar. Se diría que era oscuro, se diría que incluso era negro, y, sin embargo, él veía

perfectamente, y era obvio que el comité de recepción le veía a él, porque algunos agitaban la mano en amistoso saludo.

Había un silencio extraordinario.

Kid había estado en muchos sitios, pero jamás en ninguno había sentido aquel silencio de una densidad increíble, que parecía adherirse a sus carnes y a sus huesos. Era el silencio del silencio. No un silencio de esos que se producen en lugares donde ocasionalmente también hay ruidos. No. El silencio de aquel lugar donde le estaban esperando era especial. Era el silencio de un lugar donde jamás ha habido ruido.

Pensó que tal vez no debería fiarse de las personas que componían el comité de recepción. A él nunca le habían gustado las personas silenciosas. Tampoco se trataba de que le gustasen los bocazas, los que hablan por hablar, los que siempre están haciendo ruido con la boca. A decir verdad, entre los primeros y los segundos prefería los segundos.

Pero aquellos personajes del comité de recepción eran demasiado silenciosos. Y eran raros.

Por ejemplo, había uno que parecía no tener mandíbula, y a otro le faltaban ambos brazos y una pierna; sin embargo, el que no tenía mandíbula sonreía, y el mutilado se sostenía tranquilamente de pie. ¿Cómo podía una persona con una sola pierna sostenerse de pie tan firmemente? Era algo escalofriante. Sí, ésa era la expresión justa: escalofriante. Era todo escalofriante. Todas las personas que le estaban aguar dando le parecieron de pronto escalofriantes.

Pensó que quizá no les gustaba lo que él había hecho, y por eso le dispensaban un recibimiento tan congelado y silencioso. ¡Y qué extraño era que en el lugar de la cita todo estuviera oscuro y, sin embargo, él pudiera verlo todo y ser visto! Esto era, realmente, lo más extraordinario de todo, hasta el momento. Aunque el silencio también era tan extraordinario…

Sí, quizá el comité de recepción sabía lo que él había hecho, y por eso lo acogían con aquella frialdad. Bueno, tampoco había para tanto, ¡qué caramba! A fin de cuentas, ¿qué había hecho él? Simplemente, había violado a una niña de nueve años. ¡Vaya una cosa! Como si él no supiera lo que hacían muchas niñas de nueve años o poco más, a solas… ¡Vaya si lo sabía! Bueno, la había violado… ¿Y qué?

Recordó el momento en que aquello había sucedido. Lo cierto era que hacía ya tiempo que él andaba acechando a la niña. Algunos testigos así lo habían informado, y él no había podido negarlo. Corno tampoco había podido negar lo de la abuela. Esto ya era otra cosa, porque la abuela… Oh, pero bueno, no había qué mezclar una cosa con otra. Una cosa era lo de la niña y otra cosa era lo de la abuela.

Lo de la niña había sido hermoso.

Sí, hermoso, mal qué les pesara a algunos. Él lo había dicho, y había despertado una reacción airada, hasta el punto de que hubo momentos en que temió qué lo iban a linchar o a lapidar. Hubo quien dijo que él era muy joven, y que habría que enviarlo a un reformatorio, y hasta parecía que se fuesen a salir con la suya. Cosa que habría disgustado enormemente a Kid, porque él había oído hablar de los reformatorios, y ¡vaya, vaya unos sitios de enviar a muchachos jóvenes! Según había oído decir, nada más llegar ya le esperaba un llamado comité de recepción que lo primero que hacían con el nuevo inquilino de la institución modélica, si era hermoso, era sodomizarlo.

Esto tampoco le gustaba nada a Kid. Tal vez era por eso que miraba con mucha prevención a las personas que formaban aquel silencioso comité de recepción. Oh, bueno, pero… ¿por qué preocuparse? A fin de cuentas, él no era hermoso. Ni mucho menos, y lo sabía muy bien. A decir verdad era feo. Pero no un feo normal, como había oído decir a sus convecinos, sino un feo… siniestro.

¿Qué querrían decir con eso de siniestro? Él se había visto más de una vez en algún espejo, a escondidas, y sabía muy bien que no era hermoso. De acuerdo, no era hermoso, pero… ¿era siniestro? Veamos: tenía dos ojos, dos orejas, una boca y una nariz, y ciertamente dos manos y dos piernas, así como un cuerpo. Claro que uno de los ojos era más pequeño que el otro y de diferente color; claro que la boca tenía los dientes amarillentos y desportillados; claro las orejas eran enormes y arrugadas; claro que en conjunto su cara se parecía a la de una tortuga fantástica. En cuanto a sus brazos, eran más largos que las piernas, y éstas estaban torcidas, torcidas, torcidas… Tampoco se podía decir que él fuese muy listo, pero no era tonto. En cualquier caso, ¿por qué decían que era siniestro? No sabía el significado de esa palabra, y como no

sabía leer, no pudo buscarlo en libro alguno. En, cuanto a sus vecinos, nadie le dio ninguna explicación, por la sencilla razón de que nadie quería nunca hablar con él.

¿Acaso ocurría lo mismo con los del comité de recepción? Allá los tenía, silenciosos, extraños, como amenazadores… O quizá eran figuraciones suyas. En cualquier caso, extraños sí que eran, sí. Había uno que tenía todo un tremendo agujero en el centro del pecho, y parecía qué tal agujero hubiese sido rellenado con niebla. Era algo increíble. Acto seguido vio a otro que le faltaba la cabeza. Oh, vamos, ¿le estaban gastando alguna broma? ¿Cómo podía estar esperándole un hombre sin cabeza? Y ahora que se fijaba, tenía el cuerpo como partido. Había otro que parecía un revoltillo de miembros flotando sobre una masa de niebla gris y pegajosa.

Y de pronto se dio cuenta de que pese al insólito, increíble, indescriptible silencio, él percibía las comunicaciones de las personas que integraban el comité de recepción. Aunque no los entendía bien, eso no. Pero algo le estaban diciendo.

No le gustaba el lugar. De pronto sintió frío; un frío de verdad, no como el que sentía en invierno en su pueblo, sino un frío que pareció entrar en su cuerpo como si hubiera abierto una puerta y hubiera cruzado el umbral. Sí, el frío había entrado, y se estaba instalando en su cuerpo. Era como si aquella neblina gris, y densa hubiera penetrado en él…

Ah, lo de la niña… Penetrado. Violado. Violación.

Lo de la niña había sido hermoso.

Llevaba acechándola mucho tiempo, hasta que, de repente, aquella tarde, pudo atraparla. Ella iba por la linde del bosque, de regreso a su casa. Estaba oscureciendo. Como siempre, él la acechaba. Y se dijo que nunca tendría una ocasión mejor para acariciar los rubios rizos de la niña. Sabía que si se acercaba a ella abiertamente ella echaría a correr, como siempre. De modo que decidió sorprenderla, aparecer ante ella cortándole toda posibilidad de fuga.

Y así lo hizo.

Cuando ella le vio aparecer tan de repente se asustó tanto que no acertó ni a moverse, ni a gritar. No pudo hacer nada. Y cuando quiso o pudo reaccionar él ya se lo impedía. La había agarrado por el centro de su fino cuerpecito con uno de sus largos brazos, y con

la mano del otro le tapaba la boca.

—No grites, niña —le dijo—: sólo quiero acariciarte.

Percibía perfectamente el miedo profundo de ella. Era como si la carne de la niña y su carne formasen una sola carne, y se comunicasen las sensaciones; la niña tenía tal miedo que a él casi le dolían sus propias carnes. Así que insistió:

—No quiero lastimarte, sólo quiero acariciarte…

Retiró la mano con la que había tapado su boca, y comenzó a acariciarle el cabello, tan rubio, tan bonito, tan suave; era como si estuviera acariciando rayos de sol. La niña no se movía, no decía nada. Sólo temblaba.

Temblaba, temblaba, temblaba… ¡Cómo temblaba!

Le hizo dar la vuelta de modo que pudiera verle bien la carita, y le sonrió. Le sonrió de todo corazón, intentando serle agradable, poniendo todo su empeño en convencerla de que sólo quería acariciarla.

Pero de repente, y pese al gesto tan aterrorizado de la niña, él sintió una cosa extraña, como una sacudida de todo su cuerpo, al ver los pequeños bultitos en el pecho de la niña, bajo la fina ropa que la cubría. Le pareció que la niña llevaba escondidas dos lindas fresas bajo la blusa, y pensó que debían ser tan bonitas que valía la pena verlas. Al mismo tiempo, de un modo vago, él sabía que aquello no eran fresas, sino el pecho de la niña rubia; los diminutos pechitos apenas en flor de la niña rubia.

Agarró la blusa con una mano y la arrancó de un tirón.

Entonces sí, entonces la niña comenzó a gritar. Hubo unos segundos durante los cuales él no supo qué hacer, así que la niña gritó, gritó, gritó… Y de pronto, él la golpeó fuertemente, derribándola. En seguida saltó sobre ella, la aplastó con su peso, y volvió a ponerle una mano en la boca. La niña dejó de gritar; no podía hacerlo.

Él era tan fuerte que podía hacer lo que quisiera con ella sin dejar de tener tapada su pequeña boca delicada. Se dio cuenta de que la niña le mordía la mano, pero ni siquiera sentía realmente el dolor. Se dedicó a tocar y chupar las fresitas de la niña, hasta que, súbitamente, se dio cuenta de que estaba en erección y que, como siempre que le sucedía esto, sentía una extraña furia. Deslizó una mano hacia las ingles de la niña, y cuando tocó aquello su mente se

nubló del todo. Fue como si una habitación llena de luz alguien la apagara de repente. Ya no supo nada, ni vio nada, ni oyó nada.

Hizo lo que hizo, mientras, para poder abrazar bien a la niña mientras hacía lo que hacía, dejó de taparle la boca con la mano y se la tapó con su propia boca.

Aquello le gustó.

Al principio estuvo sintiendo moverse los labios de la hermosa niña rubia, y eso le gustó. Era delicioso sentirlos moverse entre los suyos, y aspirar le aliento que salía a borbotones de la frágil garganta. Era tan delicioso todo, que no sabía nada de nada de nada, sólo que él, por primera vez en su vida, estaba haciendo lo que tantas veces había visto hacer a otros cuando se metían entre las frondas y él los espiaba. Lo estaba haciendo exactamente igual, incluso aquello de comerle la boca a la niña. Él había visto cómo ellos le comían la boca a ella, y estaba claro que de ello se derivaba un gran placer para ambos, de modo que él le comió la boca a la niña.

Se la mordió, la trituró, engulló los delicados trozos de labios suavizados por borbotones de sangre mientras hacía lo que hacía.

Y lo hizo, y le gustó muchísimo. Le gustó tanto que lo estuvo haciendo y haciendo y haciendo hasta que, de repente, se dio cuenta de que la hermosa niña rubia ya no se movía, no se agitaba, no le echaba borbotones de alientos a su boca.

Ella estaba quieta.

Muy, muy quieta. Le colgaba la cabecita para atrás mientras él, alzando su cuerpecito tronchado, la contemplaba perplejo, y se sorprendía al ver tanta sangre brotando de su boca y manchando el rostro, el cuello, las orejas, el pecho diminuto y devorado.

¿Cómo era posible que estuvieran sucediendo las cosas de este modo? Él había visto a los otros comerse la boca el uno al otro, y luego, ninguno de los dos tenía sangre, y además ambos se movían, y reían, y hacían más cosas. En cambio, la hermosa niña tenía tantísima sangre, y no se movía, ni se reía, no hacía nada. Tenía los ojos muy abiertos, como si fueran a salírsele de la cara, y había en ellos luces de noche cercana, sugerencias de estrellas, relámpagos de terror, realidades de muerte.

Supo en el acto que estaba muerta, porque conocía aquella expresión de ojos. No por haberla visto a otras personas, sino a las

ovejas que él cuidaba siempre solitario por los montes cercanos al pueblo. De cuando en cuando se moría una oveja, y la encontraba tendida de costado, las patas rígidas, los ojos abiertos como los de la niña. Pero, sobre todo, lo que le hacía comprender que la oveja estaba muerta era que la luz de sus ojos se habían apagado, de modo que los ojos ya no parecían ojos, sino otra cosa. Los Ojos, cuando ya no tenían vida no parecían ojos, sino otra cosa, una cosa desconocida que a él le producía siempre una sensación inquietante.

Era como si de dentro dejos ojos de la oveja recién encontrada muerta pudiera salir una oscuridad que estaba latiendo allá dentro y envolverlo a él.

Una oscuridad parecida a la que había ahora en el lugar donde le esperaba el comité de recepción, sólo que la oscuridad por él imaginada era verídica, y cuando se introducía en ella ni veía ni le veían, y en cambio, ahora, él estaba viendo al comité de recepción y éste le estaba viendo perfectamente a él.

Parecía que uno de los componentes del comité tuviera sarna o algo parecido. Era una cosa que nunca antes había visto en el cuerpo de ninguna persona: como si todo el cuerpo estuviera lleno de unos granos amarillos que goteaban un líquido que olía mal; olía pésimamente. Vio, más allá, el cuerpo contrahecho de un jorobado, una sombra siniestramente veloz desplazándose como si quisiera pasar desapercibido.

Había mucha gente allí, pero seguía vigente aquel silencio hecho como de leche sucia, como de leche muerta. Como si hubiera un río de leche muerta, azul, quizá gris, que despidiera un humo igual que los envolviera a todos. Un río muerto, de esos que nunca hacen ruido y qué llevan siempre cientos de cadáveres putrefactos corriente abajo. ¿Quién no ha visto alguna vez, aunque sea con la imaginación, ese escalofriante río de leche muerta que se desliza silenciosamente por nuestro lado llevando, arrastrando cientos, miles de cadáveres de toda clase, todos ellos corrompidos por el fuego, la lluvia, el tiempo o la simple muerte que penetra en un cuerpo y se queda allí para siempre…?

Ah, penetrar.

Violar.

La hermosa niña rubia muerta.

La recordó muerta en sus brazos. Tardó muy poco en darse

cuenta de que no era sólo en la boca donde él le había hecho sangre. ¡Qué extraño, nunca había visto que a los otros les sucediera esto! Además, él sabía que la sangre significaba dolor, daño, sufrimiento…, ¡y él no quería que la niña sufriera, sólo había querido acariciarla!

La abrazó, como quien abraza un perro muerto, un perro amado que abandona nuestra compañía. Amigo, te has muerto, ¿por qué me has hecho esto, por qué me dejas solo? Se podía amar un perro, se podía amar a cualquier ser viviente. Incluso a las estúpidas ovejas.

Pero él, a quien amaba de verdad, a quien siempre había amado, era a la hermosa niña rubia. La había amado tanto, que toda su vida no había hecho otra cosa, desde que la vio la primera vez, que pensar en ella. Desde que la viera la primera vez él sólo había pensado en la niña, siempre la tenía en su mente, siempre la estaba viendo con los ojos de dentro, del cuerpo, aquellos ojos que nadie sabía que él tenía.

Y ahora, ahora que había estado con la niña, que había gozado tanto con ella, ella no reía, no se movía.

Estaba muerta.

Y él sabía que nunca más volvería a estar viva, porque lo mismo sucedía con las ovejas: se morían y ya está, todo acabó para siempre.

La abuela de la niña rubia lo encontró sentado en el suelo entre los matorrales y con el cuerpo de la niña abrazado. Él oyó moverse los matorrales, miró hacia allá pensando que sería uno de sus perros, y, de pronto, apareció la abuela de la niña apartando los matorrales, tensa su fea cara arrugada y quemada por el sol, alertas los ojos. Se vieron casi al mismo tiempo, y ambos quedaron quietos y mirándose a los ojos fijamente. La abuela desvió la mirada en seguida, vio a la niña, y un grito escapó de sus labios arrugados y secos, tan diferentes a los de la hermosa niña rubia.

Primero fue un simple grito, como un gemido, como un quejido inarticulado, como roto, como sin expresión definida. Pero en seguida, tras un extraño ruido en su garganta, la abuela profirió otro grito qué lo contenía todo, y él lo captó: había espanto, horror, miedo, furia, angustia, piedad…, había de todo en aquel grito de la abuela que miraba a la hermosa niña rubia rota en brazos de él. Era

un grito que parecía un clamor del mundo entero, y él supo que aquel grito era un peligro para él, de modo que saltó hacia la abuela echando a un lado el cadáver de la niña, y la agarró cuando la mujer comenzaba a dar la vuelta para huir despavorida sin dejar de gritar en demanda de ayuda, y de la piedad de todos los cielos…

Él la agarró por la ropa, reteniéndola, y, al sentirse asida, la anciana gritó todavía más, haciendo tremendos esfuerzos por liberarse, por escapar, por correr como seguramente nunca en su vida había corrido. Mas, como viera que no podría soltarse nunca de la fuerte mano de Kid, ella se volvió, con el rostro más blanco que cualquier cosa blanca que él pudiera recordar, y comenzó a pegarle y arañarle, impulsada por el espanto, por el pánico que empapaba su corazón que por afán de agresión o venganza.

Y entonces, él hizo lo que hacía cuando alguna oveja se ponía tan mala que sabía que se iba a morir pronto: la agarró bien, y en un instante, con sus fuertes manos, le retorció el cuello. Se oyó aquel crujido como de una rama seca al romperse, y en el acto la anciana quedó inmóvil, colgando de sus manos. Y entonces todo quedó en silencio:

No un silencio como el de ahora, como el que envolvía o empapaba el ámbito del comité de recepción, sino un silencio hecho como con velos de sangre, que crujía al ser agitado por la brisa de la noche. Había en el aire aquella tarde, ya noche, sonidos de sangre, de lamentos, de perros hambrientos, de susurros de aguas remansadas. No era un silencio muerto como el de ahora, sino un silencio hecho de miedo estremecido, de miedo vibrante en la reciente oscuridad.

Recordó que estuvo un rato sin saber qué hacer. Era como si nunca se le pudiera ocurrir nada. Hasta que, claro, tuvo la idea lógica. Se cargó en un hombro el cadáver de la niña, agarró a la abuela por la gris cabellera áspera, y la fue arrastrando por las peñas y los matorrales, dejándose trozos de piel y trozos de carne vieja y seca, y formando diminutos ríos de sangre que la tierra se bebía en seguida, con avidez de secano eterno.

Los perros acudieron a su encuentro, como siempre. Pero él sabía que esta vez no era sólo para recibirle porque sí, sino porque habían olido que él les llevaba una oveja muerta. Y eso era precisamente lo que él había pensado, así que les echó el cadáver

polvoriento y quebrantado, y les dijo cariñosamente:

—Comed, comed…

Estuvo mirando cómo los perros devoraban el cadáver de la abuela, y luego se fue a la cueva con la niña, abrazándola.

Nunca la abandonaría, nunca. Y los perros, ciertamente, ya sabrían comprender que aquel cuerpo no era para comerlo.

Pero ahora no sabía si los perros se habían comido el cuerpo de la niña hermosa y rubia, porque él no estaba en la gruta para, protegerla. Ahora él estaba en otro sitio donde le esperaba aquel silencioso comité de recepción compuesto por personas a cuál más rara y siniestra.

Ah, sí, eran siniestras. Ahora comprendía lo que quería decir «siniestro». Pero él no era así, él no era siniestro, él era un muchacho normal, o casi normal, que cuidaba ovejas y al que nadie quería. Pero no era como los seres del comité de recepción.

¿O sí lo era?

Se le ocurrió mirarse a si mismo, y quedó sorprendidísimo, porque resultó que sí, que él era ahora como aquellos seres que le estaban esperando en aquel lugar al que había llegado a pie, o quizá volando.

Se vio a sí mismo como si fuese una sombra hecha con tierra y leche sucia; una sombra de piernas torcidas, torcidas, torcidas…, una sombra a la que apenas se le podían ver los pies, pues se sumergían en aquella especie de pantano humeante hecho con leche sucia y muerta, que desprendía un hedor y un vapor frío que lo envolvía todo como si fuesen jirones de ropas viejas y pringosas, ropas hechas como con pieles de muertos, ropas hechas con pedazos de humos amarillos, de humos grises, de humos de leche corrompida.

Así que su cuerpo parecía talmente, como el de las personas del comité de recepción, una sombra hecha de muerte y de recuerdos de dolor, de miedo y de maldad. Y todos estaban flotando en aquella pasta, en aquel magma gris que se extendía hasta el infinito, que parecía estar en todas partes, que parecía ser, en definitiva, lo único que había en el mundo…, en el mundo de él y de aquellos seres como él.

Pero…, ¿quiénes eran aquellas personas y qué hacían allí, y cual era aquel lugar al que él había llegado no sabía todavía cómo, si

caminando o volando?

Has llegado aquí flotando en los vientos de la muerte violenta y merecida —le llegó la información mental procedente de aquel montón de andrajos de la vida y de la muerte—. Sé bien venido al limbo eterno de los asesinos asesinados.

Y entonces fue cuando él recordó que, al despertar por la mañana en la cueva, con el cadáver de la niña abrazado, había visto ante él a mucha gente del pueblo, que le miraban con ojos que parecían de fuego, mientras los perros eran muertos a tiros de escopeta.

Y recordó que cuando él dijo que quería a la hermosa niña rubia no le habían hecho mucho caso. Discutieron mucho entre ellos, dijeron muchas cosas, mencionaron la cárcel, la lapidación, el reformatorio…, ¡dijeron tantas cosas!

Pero lo que finalmente hicieron, después de haberle arrebatado el cadáver de la hermosa niña rubia, fue ahorcarlo en un álamo, reforzando su acción, colgándole varios de ellos de sus pies. Recordaba esto perfectamente. Incluso, recordaba claramente el crujido que hizo su cuello al quebrarse rodeado de soga y debido al peso que sentía en sus piernas. Lo recordó todo y quiso llorar, pero supo que el mayor castigo en aquel lugar era que nadie podía llorar.

El relato lo terminó, en efecto, Dorothy Chalmers, y, también en efecto, para entonces había ya bastante humo de cigarrillos. Al callar la señorita Chalmers quedó flotando un silencio como desgarrado. Eleonor Chalmers carraspeó, y dijo:

—Eso es todo. ¿Podemos conocer la puntuación?

—No —negó con voz delgada y como cortante la repugnante anfitriona—. De ninguna manera, señorita Chalmers. ¿Quién sigue ahora?

—¿Podría ser yo? —pidió Malcom—. Mi cuento no es muy largo, y además, después de escuchar el de las señoritas Chalmers me temo que tendré que despedirme del primer premio.

—Eso nunca se sabe —intervino Patricia—. A veces tiene más importancia cómo se cuenta que el cuento en sí.

—Sea como sea me gustaría ser el siguiente —insistió Malcom —. Si no hay oposición, claro está.

Nadie parecía tener intención de oponerse. Malcom Ryders abrió la boca…, y en aquel momento entró en el salón la zombie Camelia,

que se acercó con su torpe y pesado caminar, toc, toc, toc, toc, a la Reina Perversa, y le susurró algo cerca de sus retorcidas y renegras orejotas mugrientas. Queen Perverse escuchó atentamente, y por fin asintió. Camelia se irguió, se encargó con el inmóvil Augustus, y alzó una mano, para acariciarle tiernamente una mejilla. Todos vieron cómo Augustus se estremecía, y, tomando en seguida la mano de su esposa zombie, la besaba suavemente en la palma…

—Cielos —susurró Patricia, inclinándose hacia Malcom—. ¿Usted ha visto alguna vez algo semejante?

—El amor, querida, es así —susurró también Malcom, con evidente guasa—: ciego. En lo que a mí respecta, preferiría que fuese usted quien me acariciase. ¿Me creería si le dijera que me he enamorado de usted de un modo… fulminante y total?

—¡Pues vaya un momento y lugar para decirlo! —rió Patricia.

—¿Se lo toma usted a broma? Le aseguro que es cierto…

—Señor Ryders —llamó su atención Queen Perverse—: ¿podemos tener el placer de escuchar su relato?

—Sí, cómo no… Perdón. Bien, tal como ha hecho la señorita Chalmers voy a darle un título a mi cuento. Podríamos titularlo —Malcom pareció esperar a que Camelia abandonase el salón, y continuó—. Podríamos titularlo «La estufa», y se refiere a un sujeto llamado Edward Palmer, que andaba buscando un lugar…

Finalmente, Edward Palmer dio con la casa, allá metida entre los pinabetes, como si fuese un grotesco ser humano queriendo jugar al escondite.

Para entonces, Ed estaba en ese concepto de ánimo que suele llamarse cabreado, y estuvo tentado de dar media vuelta y largarse. Sin embargo, le pareció tan ilógico hacerlo que, ya sin más consideraciones, dio gas y metió el coche en el estrecho camino que llevaba a la casa.

Cuando se detuvo ante ésta y paró el motor tuvo la sensación de que en sus oídos persistía un rumor que ni era de motor ni era del exterior. Luego, de repente, todo rumor cesó, todo ruido desapareció, y todo quedó sumido en un silencio verdaderamente insólito.

—Debe ser por estar dentro del coche —se dijo Ed—, que acabará por convertirse realmente en mi tumba. ¡Maldito sea!

Abrió la portezuela, escuchó en busca de algún sonido, que no

existía por parte alguna, y se apeó. Cuando cerró la portezuela el portazo pareció resonar dentro de un gigantesco globo húmedo. Se volvió a mirar la casa, y movió la cabeza ¡Vaya un sitio para vivir! En verano tal vez resultarse alegre un lugar fresco, aislado en el bosque. Y en primavera debía resultar precioso, todo lleno de flores y de aromas de toda clase.

Pero en invierno debía ser terrible. Nada más salir del coche y ya sentía un frío denso que parecía llegarle a los huesos, como suele decirse. Por un momento se le ocurrió que alguien le había gastado una broma, y la sola idea de que fuese verdad, que le hubieran enviado a aquel rincón del condado sólo para luego decirle que había sido una broma, je, je, je, le puso de un humor pésimo.

Subió al coche de la vieja casa y el piso chirrió. Talmente pareció que toda la casa chirriaba. Por una ventana vio un resplandor dentro de la casa que sólo podía ser luz, claro; pero ¿cómo había de ser luz si precisamente a él le había enviado la compañía a semejante lugar para contratar los servicios de la luz eléctrica?

Llamó a la puerta, mientras a su olfato llegaba el olor a madera vieja, a humedad y polvo, a antigüedad amasada con silencio. No le habría sorprendido nada que del interior de la casa hubieran salido bandadas de vampiros, monstruosos y brujas montadas en escobas.

Se equivocó de medio a medio, porque quien apareció en el hueco de la puerta fue una anciana que, nada más verla, provocó una sonrisa afectuosa en Ed Palmer. Era de esa clase de personas que sólo pueden ser definidas como encantadoras: mirada cándida, expresión dulce, facciones suaves y sonrosadas; el cabello blanco confería además, a la encantadora anciana, una aureola de nobleza y sosiego. Y su sonrisa llevó como un hálito de perfume a Ed Palmer.

—¿Se ha perdido usted, joven? Pase, pase, tomará una taza de café mientras le indico el camino.

—Bueno, en realidad no… —empezó Edward.

—¡Pase, por favor! ¡Hace mucho frío!

A Ed Palmer no le parecía que hiciese mucho frío. Hacía frío, sí, pero para él era soportable. Claro que él tenía treinta y seis años, y aquella anciana debía tener no menos de setenta, así que casi le doblaba la edad. Tenía derecho a tener frío. Así que Palmer entró,

ayudando a la anciana a cerrar la puerta. Notó en seguida el grato calor, y su mirada localizó la vieja estufa que, automáticamente, por un proceso mental que no analizó ni le sorprendió, le transportó a los tiempos en que todavía iba al campo a ver a sus abuelos, que ya habían fallecido.

—¡Vaya frío! —exclamó la anciana—. Supongo que su coche tiene calefacción.

—Naturalmente. De otro modo no se podría viajar por estas tierras salvo en verano. Oh, bueno, y en primavera. Tiene usted una estufa parecida a la que tenían mis abuelos.

—¿De veras? Oh, debe ser así, claro. ¡Estoy segura de que tiene más años que yo, que ya es decir! Siéntese, siéntese, joven. ¿Le gusta muy cargado, con mucho azúcar…?

—¿El café? Pues no, francamente. Lo prefiero un poco ligero y sin azúcar. ¡No puede imaginarse usted lo que me ha costado encontrar su casa, señora!

—Sí que me lo imagino, sí —rió la anciana de un modo simpático que hizo sonreír a Ed; y de pronto quedó perpleja—. ¿Encontrarla? ¿Quiere decir que la buscaba?

—Claro. Mi nombre es Ed Palmer, y trabajo en la Compañía Light Montana. Bueno, la compañía de la luz, usted ya sabe.

—Ah, sí. Sí, claro… ¿Y para qué buscaba usted mi casa?

Ed Palmer comenzó a temer que lo de la broma era verdad. Echó un rápido vistazo alrededor… Además de la antigualla representaba por la ventruda estufa de leña y serrín, había algunos quinqués de petróleo, dos de ellos encendidos, y ambos de esos tan bonitos, con vientre de porcelana pintada y tubo de cristal nítido. Dos obras de artesanía que alcanzarían un buen precio en manos de un avispado anticuario. Había una vieja mesa, sillas, un par de mecedoras. A un lado, había un hogar, pero estaba apagado y lleno de ladrillos; adivinó un desperfecto que debía haber ocurrido hacía tiempo y así permanecía. La anciana debía guisar utilizando la estufa, o seguramente algún viejo fogón de petróleo…

¡Qué demonios, claro que aquella casa estaba pidiendo a gritos la electricidad! De modo que no podía tratarse de una broma. Solución: se hallaba ante una anciana desmemoriada.

Ed Palmer sonrió amablemente, y sacó su libreta, a la que echó un vistazo.

—Usted es Melissa Follingsbee, ¿no es así?

—No, no señor: no es así.

—¿No?

—No. Yo soy Gertrude Amberly.

Edward palideció. ¡Claro que se había equivocado!

—Maldita sea mi estampa —barbotó.

Gertrude Amberly se echó a reír.

—Vaya, no se lo tome así, hombre de Dios —consoló—. Lo que ocurre es que usted pide por una persona que ya no podrá recibirle.

—No comprendo.

—Vamos, vamos, siéntese, le serviré un café, y todo le parecerá menos malo. Ya sé de qué va el asunto, ya, y siento que haya hecho el viaje en vano, así que al menos tome un café. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —suspiró Ed, dejándose caer en un viejo sillón, que, naturalmente, crujió bajo su corpachón.

La anciana Gertrude le sirvió el café, se sentó frente a él en otro sillón y se quedó mirándolo amablemente, entre divertida y contrita por las molestias de su visitante.

—Melissa vivía aquí, conmigo, pero hace dos días que se marchó —explicó Gertrude; sonrió ampliamente— para nunca más volver. Dijo que este lugar no le gustaba, y que prefería ir a gastarse su dinero a otro sitio. No sé cómo, se había puesto en contacto con un sobrino suyo, y él vino a recogerla en un coche grande y lujoso. Supongo, claro, que el sobrino debe estar dispuesto a complacer en todo a Melissa con tal de obtener la herencia. Parece una cosa de película, ¿verdad?

—Lo que me parece de película, señora, es que teniendo dinero una persona viva en este lugar tan sólo un día.

—Oh, bueno, todo consiste en acostumbrarse…, o en conocerlo bien, como es mi caso. Y esa tonta de Gertrude también vivía muy bien aquí, hasta que le entró la locura.

—¿Qué locura?

—¡Yo qué sé…! No estaba conforme con nada, quería cambiarlo todo, hacer no sé cuántas tonterías con paredes y techos. La casa es tan mía como de ella, ¿sabe usted?, de modo que le dije que nada de eso, que todo está muy bien así. Y no es que yo sea una pobretona o una tacaña, nada de eso, pero es que a mí me gusta vivir aquí y así. Y como Charlie nos había dejado dinero suficiente a

las dos.

—¿Quién es Charlie?

—Mi marido, su hermano. Falleció hace mucho tiempo.

—Ya. Bueno, lo siento. El caso es, señora, que la compañía recibió una carta de la señora Melissa Follingsbee pidiendo que enviasen un inspector de instalaciones para saber cuánto costaría traer la electricidad aquí y poner unas estufas y calentadores. Y me pregunto… Bien… Supongo que a usted también le interesa.

—Supone mal, joven. Precisamente por eso se ausentó Melissa de este lugar. Mire, yo comprendo que usted se gana un sueldo en esa compañía de la luz, y que ha perdido mucho tiempo para llegar hasta aquí, pero eso no va a cambiar mi modo de vivir, ¿no le parece?

—No, claro —farfulló Ed—. La comprendo. Pero también comprendo que su cuñada se marchase. Francamente, aunque se viva en un lugar como éste puede hacerse con mucho más confort.

—¿Más confort? Eso es relativo, joven. No me falta de nada, estoy muy bien aquí. Tengo sol, nieve, agua, mi estufa, todo el café que quiero, libros… Cada dos meses me proveo de libros y de petróleo y cosas de esas, y por lo demás me las arreglo estupendamente sin luz eléctrica. ¡No me dirá usted que mi estufa no da calor!

—Ya lo creo que sí —admitió Ed, que comenzaba a tener precisamente demasiado calor, por lo que se aflojó la corbata y la ropa—. En cuanto a calor, nada que oponer. Pero el confort, señora, no es sólo calor.

—No confío en la compañía de la luz —se entercó la anciana—. Cuando menos te lo esperas, ¡zas!, la corta. Y entonces, ¿qué? ¡Te encuentras a merced de un suministro que no llega, y si has puesto estufas eléctricas y horno eléctrico, en un mal día de invierno te puedes morir de frío! ¿O no?

—Pues… Vaya, tampoco hay que exagerar. Es bien cierto que a veces padecemos de alguna avería que corta el suministro unas horas, pero de eso a morirse de frío…

—Aquí hace mucho frío. ¿Y sabe una cosa, joven?; mi estufa nunca me ha fallado y nunca me fallará.

Naturalmente, Ed Palmer disponía de docenas de argumentos para esgrimir en favor de la electricidad, pero comprendió de súbito

que no conseguiría nada con Gertrude Amberly. Aquella mujer tenía su sistema de vida, y no lo iba a cambiar por mucho que él arguyese. Si no lo había cambiado por su cuñada, que había tenido que marcharse, ¿por qué había de cambiarlo por él, que a fin de cuentas sólo era un desconocido?

Así que Ed Palmer, que normalmente era un hombre de buen carácter, se tomó el asunto con filosofía. Esto aparte, si con alguien podía molestarse no era con Gertrude, sino con la otra, con Melissa, que tras escribir la carta pidiendo sus servicios se va con su sobrino y ni siquiera tiene la consideración de telefonear a la compañía explicando el caso… ¡Bah! ¿Para qué darle más vueltas?

Total, que ya de noche, tras tomar dos cafés y charlar con la encantadora Gertrude Amberly, Ed Palmer regresó a su coche, y emprendió el regreso a la civilización. Si buscaba el lado bueno de las cosas incluso tenía motivos para sentirse alegre: había conocido a una viejecita encantadora, había disfrutado de grato calor de leña, había tomado un buen café flojo… ¿Por qué amargarse la vida?

Por su parte, Edward también había caído muy bien a Gertrude, que en aquel momento, ya perdido de vista el coche de su visitante, volvía a sentirse frente a la panzuda estufa, sonriendo encantadoramente.

—¡Qué joven tan simpático, ¿verdad?! —dijo en voz alta—. Me ha sabido mal no atenderle en su trabajo, pero ya sabes que no quiero nada con la electricidad, que te deja abandonada el día menos pensado y te mueres de frío. Es un buen muchacho, eso sí. ¡Incluso se ha creído lo de que tu sobrino ha venido a buscarte! ¿Ves cómo hay gente de buena fe todavía, mujer? La única bruja eras tú, dale que dale con tus exigencias de las estufas eléctricas y todo eso, y pretendiendo que nos deshiciéramos de la vieja y querida estufa. ¡No me irás a decir que se está mal con una buena estufa como la nuestra! ¿Eh? Vamos, contesta, querida: ¿qué te parece? ¿Cómo se está de bien ahí dentro? Maravillosamente, ¿no es cierto? Es pura lógica, querida —Gertrude sonrió deliciosamente encantadora—: si fuera se está bien, ¡imaginémonos dentro, como estás tú! Claro que… No sé, no sé…, quizá lo que no te guste es que te haya metido ahí a pedacitos…

Malcom Ryders terminó su relato, y, por la expresión de los oyentes comprendió que, realmente, su cuento no iba a ser precisamente de

los mejores. Había satisfacción en casi todos los rostros. Una satisfacción que, obviamente, implicaba que los demás disponían de mejores relatos que el titula do «La estufa».

—La verdad es que no ha sido muy bueno —dijo de pronto Patricia—, pero hay que admitir que en cambio tiene una cierta gracia. Eso de que una anciana…

—Señorita Winston, por favor —cortó Queen Perverse—, nada de comentarios que puedan influir en lo más mínimo en mi opinión o en la de los demás. Si tiene ganas de hablar; sea usted la siguiente en relatar su cuento.

—Pues la verdad es —sonrió Patricia— que preferiría ser la última, si no ha de molestar a nadie.

—¿Podríamos explicar nosotros el nuestro? —inquirió Sergio Cavalli—. Gema y yo también nos iremos turnando en la explicación. Es un cuento que sucedió en Italia… Quiero decir que es una historia verídica que sucedió en Italia, así que ambos lo conocemos muy bien.

—¿Viven ustedes en Italia? —se interesó Malcom.

—No, no. Vivimos en Nueva York, pero nuestras familias… ¡Qué tontería! —se echó a reír—. Está claro que nuestras familias son italianas. Nosotros hemos nacido en Nueva York. Estábamos de paso en Charleston, camino de Miami, para pasar allá unos días, cuando leímos el anuncio. Tal vez decidamos casarnos en Miami.

—Caramba, eso estaría muy bien —aprobó con simpático entusiasmo Malcom—. Esperamos que su cuento sea bueno, porque empezar una luna de miel con cinco mil dólares puede ser un buen augurio.

—Yo creo —dijo Patricia— que es de más buen augurio empezar la luna de miel estando muy enamorado. Por ejemplo, como Augustus y Camelia. ¿No es cierto lo que digo, Augustus? ¿Verdad que amas muchísimo a Camelia?

—Sí —puso una expresión patéticamente romántica el zombie—. Sí, amo mucho a Camelia, sí, pero no podemos hacer el amor, señorita Winston.

—¿No? ¡Pero eso es terrible, Augustus, cuánto lo siento! ¿Por qué no podéis hacer el amor?

—Los muertos no puedes hacer esas cosas —se lamentó Augustus—. Ya es mucho que gracias a la Reina podamos seguir

medio vivos y gozando el uno de la compañía del otro…

—Cállate, Augustus —ordenó Queen Perverse—. No eres tú quien tiene que contar historias, sino nuestros invitados. Cuando guste, señor Cavalli.

—Sí… Precisamente nuestro relato es… de amor. Sí, de amor… Y podría titularse «Noche nupcial». Sí, es un relato de amor, aunque…

¿Qué es el amor?

Al decir de los entendidos, el segundo sentimiento más fuerte que puede experimentar el ser humano. El primero, claro está, es el odio, con todos los merecimientos y honores.

Seguramente fue debido al odio que Raimondo Scipio le había dicho a Enrico Buonotti:

—Antes veré a mi hija muerta que en el lecho contigo.

Lo de verla en el lecho con Enrico era un decir, pues se entendía qué si la bella Paula, la hija de Raimondo, se acostaba con Enrico, la cosa sucedería sin testigos. Mas, aunque fuese sin testigos, todo el mundo sabría que Enrico había desvirgado a Paula si ambos se casaban y se acostaban juntos. Que el furioso padre, Raimondo, los viese o no, no quitaría que se hubiera consumado el hecho para él fatídico: el canalla de Enrico se había tirado a su pequeña Paula. Legal y honestamente, cierto, pero Enrico se habría salido con la suya.

¿Y por qué no? En primer lugar, Enrico no era ningún canalla, como decía Raimondo Scipio; era, eso sí, un muchacho más bien gandul, descarado en ocasiones, y mujeriego, pero no un canalla.

En cualquier caso, Raimondo así lo había decidido, del mismo modo que había decidido que su hija jamás sería para Enrico.

—Antes veré a mi hija muerta que en el lecho contigo.

Pero, según parecía, papá Raimondo había perdido: una mañana de hermoso sol, la pequeña Paula (diecinueve años) se desposaba con Enrico Buonotti en la iglesia de Santa Caterina, en el pueblo de Montescaglioso, muy cerca de Tarento, y, cómo no, con unas hermosas vistas sobre el golfo.

La pregunta era: ¿cómo había consentido finalmente papá Raimondo que su pequeña Paula se casara con Enrico? Pues, porque un par de meses antes, y precisamente a raíz de un examen médico de Paula con vistas al casamiento, el médico se había llevado aparte

a Raimondo y le había preguntado si sabía en qué estado se hallaba su hija.

Al oír esto Raimondo había palidecido intensamente.

—¿En qué estado? —casi gritó.

—Me refiero a su corazón.

Raimondo quedó atónito. ¿El corazón de Paula? Naturalmente, lo que él había entendido apenas escuchar al médico fue que su hija estaba embarazada, lo que significaría que ya antes de la boda (que él tenía que impedir como fuese, aunque de momento fuese simulando, que la aceptaba) Enrico la había conseguido. El alivio al comprender que no se trataba de esto fue breve, porque comprendió que algo no iba bien.

—¿Qué le pasa a su corazón? —alentó apenas.

—Sois todos unos bestias —casi gritó entonces el médico—. ¿Nunca te has preguntado por qué tu hija está siempre tan pálida y tan débil?

—No será porque no la cuido. Desde que murió su madre Paula lo ha sido todo para mí. ¡Y usted lo sabe!

—Raimondo —suspiró el médico, que no tenía la menor intención de discutir con aquel bruto—: tu hija se va a morir.

—¿Qué?

—No vivirá más de un año. Es decir, viviría un año si pudiera llevar una vida adecuada y cuidados médicos constantes. Lo más normal es que viva tres o cuatro meses.

—Pero… ¡esto no puede ser! Sé que mi Paula es delicada, pero no está enferma… No. ¿Verdad que no?

El médico, el viejo doctor Centi, no contestó. Se quedó mirando fijamente a Raimondo, y eso fue todo: Raimondo regresó a su casa con su hija sin decirle riada, naturalmente. Aquella noche no durmió. De modo que su pequeña Paula iba a morir… ¡Oh, Dios, la pequeña Paula le iba a abandonar para siempre! No para irse con aquel canalla de Enrico, sino para siempre. Su corazón no iba a resistir más de un año. Eso, con suerte, médicos, dinero… ¿De dónde iba a sacar él tanto dinero como haría falta? Imposible. Y además, por mucho dinero que reuniera, empeñándose para el resto de su vida, ¿qué conseguiría? ¿Unos pocos meses más de vida de Paula?

Ah, y eso sí, nada de casarse, porque el final se podía precipitar.

Realmente, aquí, en esta disposición médica, Raimondo tenía asegurado su triunfo sobre Enrico Buonotti. Podía pedirle al doctor Centi un certificado, y seguro que eso sería suficiente para que la boda no se celebrase. Lo tenía muy fácil.

Pero Raimondo odiaba ya demasiado a Enrico por los disgustos que le había estado dando en aquel breve noviazgo con Paula. Le odiaba demasiado para que la cosa terminase así: su hija muerta y él vivo. Era sencillísimo: su pequeña Paula moriría y el canalla de Enrico, sin más, se dedicaría a cortejar a otras. Esto en sí no sería problema si lo hiciera después de que Paula hubiera muerto, pero seguro que Enrico no esperaría: en cuanto le dijeran que tenía que dejar en paz a Paula de una vez por todas se buscaría otra muchacha, y entonces Paula sufriría muchísimo.

Por otro lado, si para evitarle disgustos a Paula, él consentía en la boda sin decir nada a nadie y exigiéndole silencio profesional al médico, lo cierto sería que aquel canalla aceleraría la muerte de Paula con sus acometidas sexuales, que le provocaría emociones y reacciones tremendas a su hija…

¿Qué hacer?

Finalmente, Raimondo encontró la solución: consentiría que se casaran, pero no que Enrico poseyera a Paula. Consentiría que se casaran para que su hija tuviera un dulce y bello último recuerdo antes de morir, virgen y pura. Y así, ella moriría feliz, como esposa de Enrico…, el cual tendría que esperar no menos de seis meses para poder acosar a otra mujer, so pena de que todos le despreciaran por no respetar el luto mínimo. ¡Seis meses sin probar mujer! ¡Je, je, je!

Y en cuanto a la pequeña Paula… ¿qué más daba que viviera un mes más o menos? ¿No era más dulce morir virgen y pura, con la ilusión de tantas cosas hermosas que creía que iba a tener, que dejar qué aquel canalla la hollara y posiblemente acelerara su muerte con su maldito sexo?

—Jamás tendrás a mi hija —se dijo Raimondo en aquella noche sin sueño.

Los dejaría casarse. Paula sería aquel día intensamente feliz…, aquel último día de su vida, porque después del banquete él la mataría.

Matería a su hija. Él tenía unos polvos que utilizaba para las

alimañas y que, bien dosificados, provocarían en Paula una muerte rápida y poco dolorosa. Invitaría al banquete al doctor Centi, quien se apresuraría a decir que Paula había muerto de un ataque al corazón, y que él ya había advertido que una emoción como la de la tan ansiada boda podía precisamente provocar aquel desenlace.

Mataría a su hija.

Le iba a proporcionar felicidad en el último día de su vida. Luego, en plena euforia de felicidad, y antes de que Enrico pudiera tenerla, la mataría. Durante el banquete le administraría una dosis de aquellos polvos.

Se la imaginó: dulcemente muerta, virgen, pura, con la alegría de su boda todavía brillando en su delicado rostro. ¿No era esto mejor que permitir que muriese un mes o dos más tarde, ya en la cruel agonía cardíaca…, o súbitamente, debido a una bestia acometida sexual de aquel canalla?

Muerta, virgen, pura.

Decidido: Enrico no tendría a su pequeña Paula.

Hubo momentos, en aquella hermosa mañana de sol que hacía refulgir el mar en el Golfo de Tarento, en que Raimondo vaciló, y hasta estuvo tentado de abandonar su proyecto. Pero no… No, no, no, no, ¡nunca consentiría que aquel puerco mancillara a su hija! La mataría. Era una decisión en firme. Pero, tal vez, esa firmeza habría flaqueado si, a la salida de la iglesia, Enrico no se le hubiera acercado, sonriente, y le hubiera dicho, de modo que nadie más que él pudo oírle:

—Ya es mía. Y esta noche iré a llevarte la sábana manchada de sangre, Raimondo. ¡La sangre del himen de tu hija! Ya te dije que acabaría poseyéndola, viejo idiota.

Se alejó de él, riendo. Raimondo quedó como obnubilado. Le daba vueltas la cabeza, y no se enteraba de nada. Era como si las palabras de Enrico estuviesen golpeando las paredes de su cráneo…

Muerta, virgen, pura.

Definitivamente decidido.

Aquella tarde, poco después de las seis, cuando todos reían felices en el banquete que se celebraba en el patio de la casa de los Scipio, Paula Scipio falleció.

Vestida de novia, virgen, pura.

Estaba sentada junto a Enrico, que quizá había bebido un poco

de más y por eso se permitía alguna que otra broma rayana en lo obsceno dirigida a su sombrío suegro; de repente, Paula se quedó quieta, evidenció una palidez más intensa que de costumbre, y muy lentamente su mano derecha se posó, como blanco lirio sobre impoluta nieve, entre sus hermosos senos. Estuvo así quizá diez o doce segundos. Luego, despacio, su mano fue cayendo. Quedó tan natural, tan armoniosa en su último gesto, tan limpia la sonrisa un poquito crispada en sus labios virginales; que durante algunos minutos nadie reparó en que había muerto.

Y fue precisamente Enrico quien se dio cuenta. Estaba bromeando con sus amigos invitados sobre la inminente llegada de la noche y lo que iba a pasar en ésta, las clásicas bromas entre la gente de baja estofa sobre el asunto sexual. Riendo, Enrico se inclinó impetuosamente hacia Paula, y la besó en una mejilla, cerca de la boca.

Entonces, muy despacio, como una preciosa muñeca, Paula se fue ladeando, ladeando, ladeando, y, ante el estupor de Enrico y los que en aquel momento miraban a la novia, ésta cayó al suelo. Sí, talmente como una muñeca. El revuelo fue general, y no tardaron en oírse las voces de que estaba muerta. El doctor Centi, efectivamente invitado al banquete, así acababa de decirlo. Sentado al lado de su hija, como un muerto en vida, Raimondo Scipio no se movía. Estaba como alucinado.

—¡Pero hombre de Dios…! —le gritó Nicolo Perotti, el del Correo—. ¡¿No estás oyendo que tu hija está muerta?!

Raimondo lo miró, parpadeó, y dos gruesas lágrimas desbordaron sus párpados. Una mujer dijo que a él «le iba a dar algo», y que tenían que atenderle.

A partir de ese momento, realmente, Raimondo no se enteró de nada. En su mente, el pensamiento de que había matado a su amada hija, la pequeña Paula, era de una amplitud y fuerza tales que no admitía nada más: él había matado a su hija. Oh, Dios, lo había hecho, había matado a su pequeña. Él había enviado a su pequeña Paula al cielo, virgen y pura.

Muerta, virgen, pura.

Estas tres palabras estaban en su mente en todo momento. Incluso cuando, ya muy tarde aquella noche, captó la mirada que le dirigió Enrico, su yerno. Estaban sentados en la sala, con los amigos

que todavía quedaban en la casa, y fue entonces cuando vio la mirada de Enrico, cuando se dio cuenta de que le miraban fijamente aquellos ojos oscuros, rodeados de finas venas rojas que le conferían un aspecto de fiera salvaje hasta la locura.

Raimondo sintió un estremecimiento al ver aquellos ojos, aquella mirada roja y negra, aquel odio insuperable en las vidriosas pupilas, Un estremecimiento del más profundo miedo, mientras, como un rayo, descargaba en su mente la idea de que Enrico sabía que él había matado a su hija para que él no pudiera desvirgarla, para que no pudiera tenerla.

Había tanto odio en aquella mirada de tinieblas y fuego, que Raimondo sintió como si el frío y el fuego penetraban a la vez en su cuerpo, en toda su sangre. Se le erizó el vello y la piel de la nuca y de la espalda se movió, en un temblor largo, en un repeluzno jamás antes sentido en sus, cincuenta años de vida. En su estómago se formó un vacío pavoroso.

Era una noche de mucho calor, así que las ventanas de la casa estaban todas abiertas. Se olía la cera de las velas encendidas en el dormitorio donde yacía el cadáver, y desde aquí llegaban los rezos de las mujeres que velaban el cadáver. Era un murmullo monótono y horrible. El doctor Centi se había encargado de todo… De todo. Había hecho venir a los de la funeraria, que habían taponado a Paula, pues con aquel calor no hacerlo habría resultado terrible. También habían arreglado la cama como catafalco, y habían dicho que por la mañana traerían el ataúd…

Muerta, virgen, pura.

Raimondo se puso en pie, sintiendo el temblor en las piernas. ¡Qué mirada tan horrible le había lanzado Enrico! Pero no era posible que supiera que él le había privado del goce de poseer a Paula. ¿Cómo había de saberlo? Solamente lo sabía él, y nadie más lo sabría jamás. El doctor Centi había firmado el certificado de defunción indicando que se trataba de un colapso cardíaco, y se había hartado de decir que él ya lo había advertido. Comprendía a Raimondo, que hubiera querido correr el riesgo a cambio de proporcionarle unos meses de felicidad a su hija, pero ya lo había advertido, ¿verdad, Raimondo, que te lo advertí?

Raimondo estaba ahora ante su hija. Se había detenido en la entrada del dormitorio que había cedido en la casa para Paula y

Enrico. La habitación más grande, cómoda y fresca, la que había sido de él y de la madre de Paula. Lo mejor para su hija, que ahora yacía en el amplio lecho de blanquísima colcha representativa de su pureza.

Todo era blanco: el rostro y las manos de Paula, su vestido, la colcha, las paredes, las velas, las flores que habían traído… El ataúd lo traerían por la mañana, y por la tarde se procedería al entierro. Hacía demasiado calor para tener el cadáver más tiempo en casa.

Alrededor de Paula, de la gran cama blanca, las mujeres que horas antes reían en la fiesta lloraban y rezaban ahora. Aquel murmullo era enloquecedor. ¿Y de qué servía? Paula estaba muerta, y todo había terminado.

Raimondo se preguntó qué haría él a partir de ahora. No tenía a nadie en el mundo. No era rico, pero tampoco pobre. Podía viajar… Tal vez lo mejor sería eso, marcharse de Montescaglioso una larga temporada…

Se volvió, despacio, en el umbral del dormitorio. Tras él, a pocos pasos, mirándole con aquella fijeza roja y negra, estaba Enrico. Raimondo nunca se había fijado bien en lo fuerte que era Enrico. Ahora se daba cuenta de que era muy alto, bastante más de lo corriente en la Basilicata, la provincia. Y hasta era un poco rubio. Muy poco, pero lo suficiente para diferenciarse del resto de los vecinos. Reparó en que era un muchacho; apuesto. Era guapo. Sí, Enrico era guapo, y alto.

Le vio acercarse. Se le ocurrió que Enrico le iba a echar las manos al cuello y que lo iba a estrangular allí mismo, y abrió mucho los ojos. Enrico llegó junto a él, y todo lo que hizo fue quedarse mirando a Paula, delicadamente hermosa en su muerte. Seguían los rezos. Raimondo esperaba que Enrico le dijera algo, pero esto no sucedió.

No sucedió nada.

Salvo aquella mirada roja y negra que quedó grabada en el recuerdo de Raimondo, y que le había producido el más intenso escalofrío de puro miedo que recordaba en toda su vida.

Pero no pasó nada.

Enrico estuvo mirando a Paula mucho rato, y luego, sin haber dicho una palabra, salió de la casa, a fumarse un cigarro en el patio.

Era una noche clara, estrellada.

Eran más de las seis de la tarde cuando Raimondo y Enrico regresaron del cementerio, juntos pero sin mirarse, a pie, pues la distancia no merecía la pena de utilizar la vieja camioneta de Raimondo o el coche de Enrico. Todos los amigos habían ido al cementerio a pie desde la casa. Después del entierro se habían despedido allí mismo, aunque algunos se habían ofrecido para acompañar a Enrico y Raimondo a la casa. Raimondo ni siquiera pudo pensar si deseaba o no estar acompañado, pues Enrico se apresuró a decir que preferían estar solos, y que estaba seguro de que todos comprenderían su dolor. Hablaba bien Enrico, había que reconocerlo. Y era atractivo. Y limpio. Y sabía tratar a la gente, esto lo había comprobado Raimondo.

La idea de que quizá se había equivocado con él, de que quizá su hija había tenido más visión y comprensión de la persona que él, comenzó a torturar a Raimondo. En realidad…, ¿por qué había sentido aquella aversión hacia Enrico? Se esforzó en recordar, pero no encontró nada concreto. ¿Quizá que le había visto mirando a su hija con ojos de hambre? Bueno, ¿acaso esto no era normal? ¿Cómo han de mirar los hombres a las mujeres, si no? Además, Paula era tan bonita… Y en cualquier caso, ¿no había mirado él del mismo modo a la madre de Paula cuando la conoció? Bueno, a la madre de Paula y Dios sabía a cuantísimas mujeres más.

¿Por qué había sentido aquella aversión hacia Enrico, que ahora le parecía inteligente, hábil, atractivo…?

—Puedo preparar algo para cenar —murmuró Raimondo cuando llegaron a la casa—. ¿Tienes apetito?

—No lo sé, pero comeré algo. Lo que sea.

Raimondo se quedó mirándolo fijamente, y preguntó:

—¿Qué harás ahora?

—¿Ahora? ¿Cuándo? ¿Ahora mismo?

—Pregunto si te vas a quedar en la casa.

—¿Quieres que me marche ahora mismo? —sonrió torcidamente Enrico.

—No lo he dicho por eso. Sólo quería saber si te quedarás conmigo o volverás a tu vida de antes.

—Ya lo pensaré. Pero no veo por qué tengo que vivir contigo, ni en esta casa, donde nada me retiene ni nada me importa.

Cenaron dos horas más tarde, en silencio. Raimondo limpió la

cocina, y se retiró a su dormitorio, dejando a Enrico sentado en la sala, fumando, pensativo. No había vuelto a mirarle ni una sola vez desde la conversación sostenida al llegar del cementerio, ni habían hablado nada. Había entre ellos un silencio como hecho de muerte y frío.

Al pasar hacia su dormitorio Raimondo miró el hacha que había junto a la chimenea que en invierno estaba siempre encendida a partir de las cinco de la tarde. De buena gana, se la habría llevado con él al dormitorio, pero le pareció que hacer semejante cosa era una brutalidad y una provocación. ¿Cómo podía sentarle a Enrico verle coger el hacha y llevársela al dormitorio? Desistió de hacerlo, pero se encerró con llave. Luego, estuvo escuchando antes de comenzar a desnudarse. No se oía nada. Nada.

Nada.

Le despertó el soplo de aire.

Abrió los ojos, e inmediatamente se dio cuenta de dos cosas sorprendentes: la luz estaba encendida y la ventana estaba abierta de par en par.

Al incorporarse para salir de la cama y acercarse a la ventana, Raimondo vio a Enrico. Estaba contemplándole desde los pies de la cama, y había en sus labios una sonrisa escalofriante y en sus manos brillaba uno de los grandes cuchillos de cocina. Raimondo se quedó en aquella postura, súbitamente lívido. Se olvidó por completo del leve fresco que entraba por la ventana. En realidad el fresco era tan agradable en una noche como aquella que seguramente en circunstancias normales le habría ayudado a dormir mejor. Debía ser la luz la que lo había despertado…

Recordó, de pronto, que él había cerrado la puerta con llave. Es decir, que desde afuera Enrico había abierto la ventana aprovechando que estaba entornada, y había entrado y había encendido la luz. El cuchillo brillaba a la luz eléctrica.

—Levántate, Raimondo —dijo amablemente Enrico.

—¿Qué vas a hacer? —jadeó Raimondo.

—No te voy a matar. Quiero que vengas conmigo.

Raimondo se sentó en el borde de la cama. Sobre la mesita de noche estaba el viejo despertador. Eran casi las dos de la madrugada.

Se puso las zapatillas y miró a Enrico, que señaló la puerta del

dormitorio. Raimondo fue allá, y la abrió, sin dejar de mirar a Enrico y el cuchillo que sostenía. Raimondo tuvo un ramalazo de orgullo, de rebeldía, de dignidad, incluso de valor, y miró a los ojos a Enrico.

—No me importa que me mates —dijo.

—No quiero matarte. Quiero que vengas a mi dormitorio. Raimondo encogió los hombros, y salió al pasillo. Oía tras él los leves pasos de Enrico, y su respiración que le pareció demasiado pesada, lenta; casi jadeante.

Llegó al dormitorio que había sido de él y de su esposa, y que habría sido de su hija. La luz estaba encendida, y la vio en seguida, en la cama, con su bonito y blanco vestido de novia virgen y pura. Se quedó como desconectado a cualquier reacción, simplemente mirando el cadáver de su hija en el centro de la gran cama matrimonial, sobre la blanca colcha que le había regalado una amiga de su madre…

Muerta, virgen, pura.

Pero no en el cementerio, en su ataúd, sino allí, en su lecho de muerte. No comprendía. No, no comprendía cómo Paula podía estar allí. Era absurdo. A menos, claro, que Enrico hubiera ido aquella noche al cementerio, la hubiera desenterrado… Dios bendito, Enrico lo había hecho, la había sacado de su fosa, de su ataúd, y la había llevado a casa. ¡Había llevado a casa a la novia muerta!

Se volvió para increparlo, y entonces recibió la primera cuchillada, en sentido horizontal, en el costado izquierdo, y acto seguido, cuando apenas estaba reaccionando al primer dolor, Enrico le clavó el cuchillo en el vientre, con seco y veloz golpe. Raimondo oyó el golpe del impacto, pero aún mejor oyó el «plop» que se produjo en su carne al retirar Enrico el cuchillo. Retrocedió dos o tres pasos, se tambaleó, y cayó sentado. Se llevó una mano a cada herida. De momento no le dolían. Sólo sentía una cosa rara, que no era propiamente dolor. Quizá frío, quizá un vacío extraño, quizá una flojedad desconocida en todo el cuerpo.

Vio moverse a Enrico, alzó la mirada, y, en el momento en que veía su rostro, recibía en plena boca el feroz, puntapié. Le crujieron todos los dientes, toda la cabeza resonó, le zumbaron los oídos, oyó el seco «cloc» de la parte posterior de la cabeza al chocar contra el suelo…

Cuando recuperó el conocimiento vio a Enrico desnudo de pie ante él. Creyó que estaba soñando, o viendo visiones, y parpadeó. Enrico rió. Raimondo quiso ponerse en pie, y entonces comprobó que los pies no le obedecían. Las piernas sí, pero los pies no. Estaba sentado en una butaca del dormitorio, podía mover las piernas, pero no podía sostenerse en pie. Miró hacia el suelo y lo vio lleno de sangre. Sus pies también estaban llenos de sangre. El chapoteo, que hizo le pareció estruendoso, de tanta sangre que había.

Sus pies no parecían sus pies.

—Te he cortado los tendones —dijo Enrico—. Quería sacarte los ojos, pero entonces no habrías podido ver lo que quiero que veas. Ya te sacaré los ojos luego, y además nunca podrás volver a caminar.

Raimondo le miraba estupefacto, aturdido. Le dolían los pies y le dolía el pecho. No, el estómago… Y el pecho también, claro que sí. Le dolía todo.

Vio a Enrico acercarse al lecho dónde yacía Paula y comenzar a desnudarla. No comprendía. Veía cómo Enrico la movía, talmente como si fuera una encantadora muñeca… Divisó los taponamientos en la nariz, y recordó lo bien que la habían taponado… Pero olía mal, pobrecilla niña. Parecía de goma, pero olía mal. Enrico la estaba desnudando, y cuando se impacientaba con algún botón, o cierre o corchete lo rasgaba todo.

La blanca carne de la novia iba apareciendo, como mármol con trasfondo azul. La comprensión iba llegando lenta mente al conocimiento de Raimondo. Enrico seguía desnudándola mientras farfullaba, y continuamente bebía de una botella de coñac que había en la mesita de noche. Raimondo vio que había otra sobre la cama, ya vacía.

De repente, decidió cerrar los ojos, pero los sonidos que percibía le parecían horripilantes. Oía los refunfuños de Enrico y los jadeos, y se imaginaba cosas horrorosas. Cuando abrió de nuevo los ojos, Enrico se estaba colocando sobre Paula, separándole los muslos. Como en una pesadilla de pesadillas, Raimondo vio el gran pene erecto de Enrico buscando, y sus labios temblaron entonces en una queja, en una súplica sin forma.

Enrico volvió vivamente la cabeza hacia él, y sonrió.

—¿Creías que podrías evitarlo? —farfulló—. ¿Creías que

conseguirías que yo jamás tuviera a tu hija? Pues mira… ¡Mira, mira, mira! ¡No te pierdas la noche nupcial de tu hija!

Horrorizado, Raimondo vio perfectamente cómo Enrico penetraba a Paula. Fue algo… tremendamente brutal, alucinante, agresivo, avasallador. De nuevo cerró los ojos mientras emitía un alarido de bestia herida.

Como de muy lejos, le llegó la voz y la risa de Enrico:

—¡No seas cobarde! ¡Tu hija está teniendo lo que tanto deseaba, una larga y hermosa noche de amor conmigo! ¿No quieres ver cómo goza tu hija? ¡Mira cómo goza! ¡Mira, mira, mira!

Cerrados los ojos, sollozando, Raimondo no podía evitar oír los jadeos de Enrico, sus golpes fuertes que acompañaban cada grito, cada agresión. En su dolor delirante veía las blancas carnes muertas de su pequeña Paula desgarradas por los dientes de su marido, y veía a éste dando aquellos demoníacos golpes con el vientre que llevaban cada vez más honda su virilidad en el lívido cuerpo ultrajado, rompiendo la flor. Ella estaba muerta, pero ya no era virgen, ya no era pura. Oía los jadeos de él, sus bramidos, sus tartajeantes comentarios explicándole lo que hacía ya que él no quería abrir los ojos. Oía y adivinaba, y el dolor y el amargor se mezclaron en su espantoso grito de rabia, de odio, de dolor, de miseria humana.

Un grito que pareció romper su propia vida, porque sintió como una explosión dentro de sí, sintió la llegada de algo negro, como una gigantesca masa deslizante de alquitrán, y tuvo la sensación de que era devorado, inmerso en aquella negrura espantosa pero que le privaba de ser testigo de aquella horrenda noche nupcial.

Cuando despertó todo era silencio. O tal vez era el silencio lo que le había despertado.

Estaba sentado en la butaca, con la cabeza caída sobre el pecho. No se oía nada. Nada, nada, nada. Los recuerdos despertaron súbitamente en su memoria, como en una palpitación atroz, dolorosa. Emitió un gemido, alzando la cabeza, y se quedó contemplando la escena.

Estaban los dos en la cama. Ambos desnudos. Su hija muerta y el marido vivo. Ella parecía como aplastada bajo el peso de él, que yacía encima, clavando sus manos en su blanca carne de cadáver. Una explosión de amargura llenó la boca de Raimondo al

comprender que él, finalmente borracho, se había dormido sobre ella sin dejar de penetrarla. El borracho violador, el canalla, yacía durmiendo sus satisfacciones de alcohol y carne sobre un colchón de vida humana que se había ido.

Muerta, pero no pura, no virgen.

Y el hombre odiado clavando sus manos en su carne, y penetrando con su sexo en el de ella. Gozando de la muerte. Destrozando la muerte ya que no pudo destrozar la vida…

Durante unos cuantos minutos Raimondo estuvo así, como flotando en un mundo exclusivo de debilidad y frío, de horror y odio. Luego, de repente, se dijo de un modo consciente que Enrico estaba dormido y probablemente borracho. Sí, debía haberse emborrachado para reunir el valor suficiente para hacer aquello. Si es que se le podía denominar valor a semejante bestialidad.

Convencido de que Enrico dormía, Raimondo se dejó caer al suelo y comenzó a arrastrarse hacia la puerta del dormitorio, deslizándose sobre su propia sangre. Un par de veces le pareció que la cabeza se le iba a escapar de sobre los hombros, pero cerró los ojos, aspiró hondo con fuerza, y todo permaneció en su sitio. Consiguió salir arrastrándose del dormitorio…

Reapareció casi veinte minutos más tarde, arrastrando el hacha con su propio cuerpo. Con una determinación inquebrantable, siempre arrastrándose, llegó junto a la cama, en un lado de la cual depositó el hacha cuidadosamente, alzándola con una mano y sosteniéndose medio inclinado apoyando la otra en el suelo. Luego, agarrándose a la cama, se alzó hasta quedar sentado junto al hacha, que asió ahora con ambas manos.

Estaba sentado junto a su hija, pero no veía su rostro, sino el de Enrico, de perfil. Veía su boca entreabierta dejando un pasto de babas sobre el hombro de Paula. Su boca entreabierta y satisfecha con aquel gesto obsceno y sucio. Oía su respiración de sapo criminal.

Asió el hacha con ambas manos, fuertemente, y la alzó.

Tenía que asegurarse, así que el primer golpe debía ser si no mortal, sí eficaz al punto de que Enrico, si despertaba, no pudiera escapar a la agresión. Podía darle en la cabeza, pero si no lo mataba en al acto nunca se sabía lo que podía hacer un hombre tan fuerte, aun con la cabeza abierta. No…, había que darle en un sitio donde

se produjese inmediatamente un menoscabo físico, aparte de dolor.

Eligió la columna vertebral, justo donde terminan las costillas.

El golpe fue tremendo. Se oyó el fuerte impacto, el crujido de la carne y los huesos… Enrico despertó de golpe, lanzando un berrido inhumano, y su cabeza se alzó y se volvió. Sus ojos desorbitados vieron a Raimondo, y éste vio, como en un espejo del diablo, la sorpresa, el dolor, el odio, todo en una llamarada súbita y todavía adormecida que se avivó de repente. Raimondo ya tenía alzada de nuevo el hacha, y la dejó caer. El filo dio en la frente de Enrico, sobre el ojo izquierdo, que reventó; el hueso crujió y mostró una resquebrajadura que inmediatamente se tornó de un rojo intenso. Brotó sangre por los oídos de Enrico, y la masa encefálica salió como escupida cuando Raimondo retiró el hacha, con tal fuerza que salió despedido y rodó por el suelo.

Bramando de furia, porque todavía temía que Enrico pudiera recuperarse, se alzó sobre los brazos, y gritó de alegría al ver aquella cabeza partida, con un solo ojo a un lado, la cama llena de sangre y masa encefálica. En el espejo del demonio de aquel ojo que le quedaba a Enrico, Raimondo vio la muerte, y entonces, suspirando, se relajó.

Se sentía mareado. Le dolía todo, se sentía mareado y débil, y ya no sabía si estaba muerto o vivo, soñando o despierto.

Y fue entonces cuando oyó la voz de su hija:

—Padre… Padre, ¿por qué lo has hecho? ¡Lo amo, y me gustaba!

En la turbia mirada de Raimondo apareció la silueta de un tono gris-azulado desprendiéndose de la cama, sobre la que quedó de pie. Raimondo vio a su hija, completamente desnuda. Veía la pared del otro lado a través de ella, pero la veía a ella perfectamente, desnuda y bellísima.

—Padre, otra vez lo has hecho, otra vez me has privado del hombre que amo, otra vez has interrumpido nuestra noche de amor… ¡Padre, no vuelvas a hacerlo!

Entre las brumas de su mente y su visión, Raimondo Scipio vio a su hija inclinarse y tenderse dulcemente junto al cadáver de su marido. Oyó en seguida sus risas de gozo y de alegría, sus suspiros de amor y de sexo.

Raimondo se llevó ambas manos a los oídos, para no oír nada. Entonces, vio el hacha junto a él, en el suelo. Estuvo mirándola

como si no supiera de qué se trataba.

Luego, de pronto, la cogió, puso su antebrazo izquierdo pegado al suelo, y con el hacha lo cortó por la mitad. La mano saltó, brotó de ésta y del antebrazo un chorro de sangre… Y cuando Raimondo ya no tuvo más sangre por perder se durmió apaciblemente para siempre…

Cuando Gina Fornaro terminó el relato estaban todos tan impresionados que nadie hizo comentario alguno. Patricia Winston se había agarrado a una mano de Malcom Ryders, que ahora la contemplaba sonriendo suavemente. La Reina de la Perversión tomó nota en su libreta, y alzó su tenebroso ojo.

—¿El siguiente? —murmuró.

—Yo —alzó una mano John Hawkins—. Yo mismo. Esto también sucedió realmente en la ciudad donde residimos Emma y yo. Los periódicos lo titularon «El caso de la carne congelada», y lo publicaron más o menos así:

En el fondo se sentía molesta, pero no podía remediarlo: le gustaba Robert. Por supuesto que no lo iba pregonando, ya que él estaba casado, y, además, era carnicero. Se habían acostado juntos varias veces, y, en un par de ocasiones, ella había visto en las uñas de él como unos delgados ribetes de tono rosáceo que la habían disgustado, profundamente.

Por supuesto, eran de sangre. Sangre de animales. Terneras, corderos, y así. La verdad es que no le parecía precisamente admirable ser carnicero, y sólo el gran atractivo sexual que ella veía en Robert la impulsaba a seguir relacionándose con él. De no haber sido por esto… la buena hora ella habría aceptado convertirse en la amante de un carnicero que ni siquiera se limpiaba bien y siempre las uñas. Algunas veces, mientras él le acariciaba los pechos o el vientre, cuando había visto aquellos ribetitos rojos en sus uñas había sentido… algo extraño, revulsivo. Un rechazo fortísimo, desde luego.

Pero sólo en esas ocasiones. Por lo demás, la sola perspectiva de una tarde de sexo con Robert ya la encendía. Sabía perfectamente que era lo que los hombres llaman una caliente, y por supuesto que no iba a llorar por eso. A fin de cuentas, ser una caliente significaba qué gozaba mucho del sexo, y ¿por qué no? ¿Por qué no gozar del

sexo lo máximo posible, como de tantas y tantas cosas como ofrece la vida?

Eso sí: en cuanto se casaran ya se cuidaría muy bien ella de que Robert se limpiara las manos muy bien siempre. Esto era otro punto negro: casarse con Robert. Porque ya era… poco elegante tener un amante carnicero, pero… ¡casarse con él! Bueno, sólo tenía que recordar lo bien que hacía el amor Robert, y el mucho dinero que había ganado con sus negocios de carnicería, y las cosas se suavizaban. Y es que Robert no sólo era carnicero, sino que era propietario de veinte carnicerías en todo el Estado. En fin, que era un hombre rico. Y hacía bien el amor. Y…

¡Oh, al demonio! ¿Por qué complicarse tanto la vida, por qué darse tantas explicaciones a sí misma, como si fuesen disculpas por haber decidido casarse con un carnicero? Iba a tener un macho más que satisfactorio y mucho dinero. ¡Al cuerno lo demás!

Claro que, entre lo demás, estaba Winifred, la mujer de Robert. Oh, claro, sí, él estaba casado. Esta clase de hombres, que son buenos en la cama, siempre caen pronto. Y claro, la tal Winifred debía ser también de alivio en cuanto al uso del sexo. Robert nunca había querido hablar sobre ella. ¿Por qué no tenía que decirle cómo lo hacía su mujer, y si era tan caliente como ella, si gritaba, si…?

Winifred.

Bien, una esposa de por medio. Estaba el divorcio, naturalmente, pero eso sería una buena sangría para los ingresos de Robert, aunque fuese rico. Maldita sea, ¿por qué tenía que darle ella ningún dinero a Winifred cuando Robert la dejase? ¿Por qué no se moría de una vez la maldita Winifred?

La había visto unas cuantas veces en la carnicería, cuando empezó a ir a comprar allá. Luego, después que ella y Robert se hicieron amantes, ya no se atrevió a volver por allí. ¡Vaya con la esposa de Robert! Alta, fuerte, frescachona, risueña… ¡Seguro que debía gozar mucho en la cama, seguro! ¡Maldita sea!

Aunque quizá las cosas se fueran a arreglar.

Aquella tarde, al regresar a su apartamento, Thelma había encontrado una nota en su buzón para correspondencia del vestíbulo. Era una de las hojas del bloc de anotaciones que utilizaba Robert en sus carnicerías, y, escrito a máquina en el lugar donde se anotaban los pedidos, había un breve mensaje:

«Ven esta noche a la tienda a las once. Ten cuidado que no te vea nadie.»

No estaba firmado, pero tampoco hacía falta. Y por poco que reflexionase sobre la nota no podía dejar de inquietarse y alegrarse al mismo tiempo. ¿Cómo había de hacerla ir a la tienda a las once de la noche si no era porque naturalmente estaría solo, lo que significaba sin duda toda la noche gozan do del sexo con él…, o porque tenía alguna buena idea que quería consultarle para poner en práctica…, o quizá ya la había puesto?

Una buena idea, como sería, por ejemplo, hacer pedazos a Winifred y venderla como ternera al día siguiente en la tienda. ¡Oh, qué disparates se le estaban ocurriendo!

En fin, lo mejor era ir a la tienda a las once, naturalmente asegurándose de qué nadie la veía, y escuchar a Robert, Lo que fuese, seguro que resultaría ventajoso para ambos.

Así pues, a las once y apenas dos minutos de la noche Thelma se detenía ante la puerta de la carnicería y pulsaba el timbre brevemente. La puerta lateral se abrió, y ella entró rápidamente… Junto a ella, Winifred cerró la puerta, mientras la miraba fijamente.

Thelma sintió un velocísimo escalofrío recorriendo todo su cuerpo desde la nuca a los talones. Hubo un brevísimo espacio de tiempo en el que pensó que las cosas se iban a complicar, que algo malo iba a ocurrir, que ella había sido una imprudente… Pero no quiso darse por vencida, y reaccionó rápida y serenamente.

—Ah, es usted, señora Culverson… Pensé que encontraría en la tienda a su marido.

—¿A estas horas? —alzó las cejas Winifred.

—Bueno, algunas noches, cuando regreso tarde a casa, veo luz, y deduzco que su marido está preparando cosas para el día siguiente…

—Sí, eso es cierto —admitió Winifred—. Sobre todo últimamente no sé qué pasa que muchas noches tiene trabajo hasta tarde. ¿Puedo servirla yo en algo o lo aviso a él?

—Ah… ¿Él también está?

—Desde luego —Winifred se estremeció—. ¡Por nada del mundo me quedaría yo sola en la tienda de noche! ¿Quiere que avise a Bob de que está usted aquí?

Thelma estaba reaccionando ya a pleno rendimiento. Las cosas

se habían enderezado mucho, así que no quería estropearlas. Sin duda, algo le había fallado a Robert en sus cálculos, y por eso estaba Winifred allí. Afortunadamente, ella podía resolver la situación muy bien, y problema resuelto. Ya se verían otro día con Robert.

—No es necesario —dijo alegremente—. Si usted es tan amable como él lo solucionaremos. Verá, es que necesito algo especial para mañana, pues tendré invitados a unos amigos, y pensé que ya que pasaba por aquí podía encargárselo. Pero si le molesta…

—No, no. A mí me da lo mismo, ya que estoy aquí. Sólo se me ocurre que no debió molestarse en llamar a la puerta: podía haber hecho el pedido al llegar a su apartamento, utilizando el teléfono, claro.

—Bueno, me pareció… menos frío por mi parte hacerlo así.

—Eso es cierto —sonrió Winifred—. Bien, dígame lo que desea y lo anotaré.

El pedido, que Thelma organizó a toda prisa, estuvo anotado apenas cinco minutos más tarde. Winifred lo colocó en un sitio bien visible, y se dirigió hacia la puerta. Thelma hizo lo mismo. De pronto, Winifred se detuvo, en actitud de escuchar.

—Qué raro —musitó—. ¿Oye usted algo?

—¿Yo? No… Nada en absoluto. ¿Debería oír algo?

—Bueno, Bob no es precisamente un enanito, ¿sabe? —se echó a reír—: siempre que se mueve por ahí dentro hace tanto ruido que parece que pase un elefante… Y ahora no se oye nada. ¡Espero que no le haya ocurrido como la otra vez!

—¿Qué le ocurrió?

—Resbaló con la sangre de una res y se dio un golpe tan fuerte que tuvo que estar luego hospitalizado en observación tres días. Se abrió la cabeza como, si fuese un melón… No me gusta nada este silencio.

—Llámelo —comenzó a inquietarse Thelma—. Si contesta es que todo está bien, ¿no?

—Sí, sí, no se preocupe. Es que a mí, esa parte del negocio me… horripila un poco, ¿sabe?

—¿Por qué motivo?

—Bueno, todos esos animales abiertos en canal, la cámara frigorífica, los desangraderos… Nos traen muchas reses enteras…

¿Quizá le gustaría echar un vistazo? Espere, llamaré a Bob para avisarle de que vamos a entrar. A veces está tan sucio de sangre que no quiere que lo vean.

—Bueno, yo…

—No se preocupe, creo que estaba terminando… Voy a llamarlo —se acercó a la puerta del fondo y gritó—: ¡Bob! Bob, ¿podemos pasar? ¡Bob! La señorita Lengton está aquí… ¡Ah, por fin!

Thelma no oyó nada, pero comprendió que Winifred sí había oído la respuesta, porque vio aparecer el alivio y la atención en su rostro. Asintió, y se volvió hacia ella.

—Venga, venga.

Nada más trasponer el umbral hacia la trastienda, Thelma Lengton comenzó a pensar que lo de casarse con un carnicero tal vez no fuese tan buena idea, después de todo. Aquello le pareció como… como un matadero en miniatura. Había animales colgados, abiertos en canal, y se veían cabezas en cestos… El suelo había sido escrupulosamente regado, pero no estaba todo lo limpio que habría sido de desear. La sensación de hallarse rodeada de cadáveres desnudos, y un extraño olor que no sabía si era a sangre, a agua, o a muerte, estremeció a Thelma. Al fondo se veía una gruesa puerta abierta, y por allí aparecía un raudal de luz.

—Es la cámara frigorífica —dijo Winifred—. Allí hay un compartimento donde con alguna frecuencia congelamos reses enteras, para distribuirlas luego para las otras tiendas. La carne congelada queda dura como una piedra, pero es más manejable de lo que mucha gente cree. Por ejemplo, una ternera puede ser convertida en pedacitos con esa sierra que ve ahí. Es circular, y lo corta todo, o mejor dicho lo sierra, al tamaño que usted quiera. Se podría sacar todo un buey congelado de aquí, a pedacitos tan pequeños que cabrían en un bolsillo…, sin que éste se manchase de sangre, se entiende. La carne congelada es muy fácil de manejar, y muy limpia. Es como… trocitos de madera. Venga, venga, vamos a ver si Bob termina de una vez.

Sintiendo como un agarrotamiento en la espalda, Thelma siguió a Winifred hacia la cámara frigorífica. En la entrada, Winifred se colocó a un lado, diciendo:

—Pase, pase. Ahí está Bob…

Thelma estuvo a punto de negarse a entrar, pero pensó que,

precisamente, la presencia de Robert la confortaría un poco.

Al principio ni siquiera vio a Robert. Es decir, sí lo vio, pero no lo reconoció. Vio un cuerpo humano, pero en un plano y circunstancias tan diferentes a lo usual que durante un par de segundos su mente estuvo rechazando las imágenes que le enviaban los ojos.

Por fin, las admitió.

Robert estaba colgado cabeza abajo por medio de un gancho que pendía a su vez de una guía sujeta al techo de la gran cámara frigorífica. Completamente desnudo, estaba abierto en canal, limpio su cuerpo de tripas y cualquier clase de órganos. Su carne se veía blanca por fuera y también por dentro. La sangre chorreaba todavía por su abierto vientre, y algunas gotas caían desde los hombros al suelo, pero la mayor parte llegaba a la cabeza, empapaba los cabellos, y, formando con éstos un pincel, goteaba en abundancia, forman do un reluciente charco rojo. Los ojos de Robert estaba tan abiertos que parecían artificiales, de cristal.

En el momento en que, por fin, Thelma se disponía a gritar, Winifred se colocaba ante ella, blandiendo el gancho, que manejó con gran habilidad. De un solo golpe, ensartó con él a Thelma por la garganta, por debajo de la barbilla, igual que habría enganchado un cordero. El grito qué estaba circulando por la garganta de Winifred quedó allí como un explosión de aire que salió casi en seguida silbando por el lugar donde había sido clavado el gancho.

Con un poderoso gesto, Winifred alzó a Thelma, y ensartó el extremo libre del gancho en la guía del techo. Al suelo había caído el bolso de Thelma, la cual emitía un chillido delgado y débil que parecía un chirrido. Apenas se movía, porque nada más intentar alzar los brazos se había hundido más el gancho que la colgaba. Sus ojos estaban desorbitados, su carne se desgarraba, la sangre comenzaba a chorrear como un río cuerpo abajo. El cuerpo se estremecía ahora en convulsiones espantosas.

Winifred abrió el bolso de Thelma, encontró dentro la nota, y la hizo una bola y se la metió en la boca. Miró con sorna a Thelma, que era la imagen viva del horror y la agonía en un silencio espantoso roto por extraños gorgoritos y gemidos inhumanos.

—¿Lo ves, cerdita? —dijo tranquilamente Winifred—: si no hubieras sido la amante de Robert no habrías acudido, así que no

estarías ahora aquí. Ni él tampoco. Amiguita, a mí no me escarnece nadie, y menos un puerco como él y una puta de medio pelo como tú. Llevo casi veinte años trabajando para este puerco como esposa, ayudante, carnicera, amante, de todo…, y ahora me entero de que una mierda como tú se lo está llevando a la cama, y hasta tengo que soportar que él me rechace y me haga insinuaciones de divorcio… ¿Y qué hago yo después? ¿Morirme de asco con una pensión de divorciada? ¡Nada de eso, amiguita! Lo que voy a hacer contigo, igual que con él, es congelarte, hacerte luego pedacitos, y sacaros de aquí a ratos perdidos, para ir tirando vuestras carnes a las cloacas… ¡Y si me preguntan diré que os habéis fugado! ¿Comprendes, cerdita? Así que, ¡hale!, vamos a empezar a limpiarte las vísceras, que esas son más fáciles de triturar y tirar a los cestos de las basuras con las de los animales…

Thelma todavía estaba oyendo, todavía estaba viva, cuando Winifred le clavó el cuchillo en el vientre y la abrió de arriba a abajo y comenzó a sacar órganos e intestinos.

Hacía un frío terrible en aquella cámara frigorífica.

—Caray —resopló Malcom cuando John Hawkins terminó el relato —. ¡Caray, qué cuentecitos están contando ustedes, señores! No se puede decir que sean para niños, precisamente.

—Señor Ryders —le miró mosqueado Hawkins—, hemos venido aquí a contar cuentos de miedo, ¿no es cierto?

—Sí, pero tal vez estamos… Bueno, no sé, yo diría que estamos convirtiendo esto en una reunión… de sádicos.

—Es una interesante reunión —aseguró con evidente complacencia Queen Perverse—, y las puntuaciones son más bien altas. Excepto: la suya, señor Ryders, ya que está usted provocando opiniones.

—¿Eso quiere decir que ni siquiera podré optar a uno de los premios de cinco mil dólares?

—Todavía faltan algunos cuentos —replicó el horrendo personaje—. Si los que quedan son peores que los suyos quizá todavía alcance usted uno de los premios pequeños. ¿Le ocurre algo, señorita Winston?

—Algo terrible —sonrió Patricia—: se ha terminado el champán. Me pregunto si sería abusar pedir otra botella.

—Desde luego que no. Augustus irá a por más champán.

Mientras tanto, y para evitar que la cena se retrase demasiado sugiero qué prosigamos con los cuentos. Veamos… ¿Sí, señor Marlowe?

—Me gustaría tomar el turno —dijo Peter Marlowe—. En realidad el cuento debería relatarlo mi hija, pues ella se enteró por ser enfermera del doctor Vanderlike, pero temo que Sally está un poco… afectada. Digamos que ella no creía ni mucho menos que las cosas fueran a ser así. Quiero decir que… Bueno, ella dejó de ser enfermera precisamente porque comprendió que era demasiado impresionable, y…

—Señor Marlowe —interrumpió secamente Queen Perverse—: ¿cuál es su cuento?

—Si… Por supuesto. Bien, naturalmente, todos han comprendido que puesto que mi hija se enteró directamente se trata de un hecho verídico. Sucedió que… Ah, perdón, me olvidaba de titular el relato, como han hecho los demás. Vamos a titularlo «El bisturí mágico», y se refiere a un canalla llamado Murdoc Terrell…

Cuando llegó el gran día. Murdoc Terrell se hallaba preso de lógico nerviosismo. Y no es que desconfiara de la pericia profesional del doctor Vanderlike, ni mucho menos, pero, a fin de cuentas, iba a estrenar cara, y eso, a los cuarenta años, no es cosa que se acepte como quien estrena zapatos o un traje.

—¿Qué hora es, Joe? —preguntó de nuevo.

—Coño, jefe, acabo de decírsela —dijo festivamente su compinche—: las once y cinco de la mañana. ¿Quiere convencerse usted mismo?

Se acercó Joe al lecho de Terrell y colocó bien visible su reloj de pulsera ante el vendado rostro; es decir, la vendada cabeza, pues sólo se veían los ojos de Murdoc Terrell, merced a los espacios dejados por el habilísimo cirujano plástico John Vanderlike durante el vendaje.

Murdoc Terrell se convenció de que era la hora dicha por Joe, y soltó un gruñido. En realidad, no tenía prisa, pero estaba harto de permanecer en la casa del doctor Vanderlike. Todo muy bonito: un bello jardín, tranquilidad, silencio… Desde que Vanderlike le había operado había cuidado muy bien de no recibir visitas en su casa de campo. Y más le valía, porque si Vanderlike se las hubiera dado de listo lo habría pagado muy caro: con Murdoc Terrell no se jugaba.

—¿Dónde están Sam y Floyd? —preguntó.

—Con la señora Vanderlike, ya sabe, jefe. Hoy le tocaba a la muchacha ir a la ciudad, así que ellos están con la señora. En cuanto al doctor, ya sabe que dijo que vendría antes del almuerzo para quitarle el vendaje. Y si lo dijo, vendrá. ¡Ya lo creo que vendrá, como siempre!

—Sí —murmuró Terrell—, claro.

Era un hermoso día. Pensó que era una lástima que la maestría de Vanderlike no pudiera cambiarle el color de los ojos, pero esto ya era cuestión de poca importancia, realmente. Podía ponerse lentillas de contacto de cualquier color, o gafas de cristales oscuros. O simplemente, nada, porque… ¿quién había de reconocer a Murdoc Terrell cuando saliera a la calle con la nueva cara que le había fabricado el prestigio so cirujano plástico John Vanderlike? Nadie. Ni soñarlo.

Desde luego, al principio no había sido nada fácil dominar a Vanderlike, pero le habían convencido, vaya que sí. Al recordar esto, Terrell intentó una sonrisa, pero, como desde que había sido operado por Vanderlike allí mismo, en la casa de campo, utilizando un quirófano improvisado, no experimentó sensación alguna en el rostro.

—No se complique la vida ni me la complique a mí —le había dicho claramente Vanderlike—. Acepte las cosas y espere al final antes de fastidiarme, ¿de acuerdo? Notará sensaciones raras o bien no notará ninguna, pero tranquilo. El médico soy yo; usted haga todo lo que yo le digo y punto. Tengo más interés que usted en que la operación salga bien, ¿comprende esto?

¡Vaya si lo comprendía!, pensó Murdoc mientras de nuevo en vano intentaba conseguir una sonrisa, percibir el movimiento de sus nuevas facciones. Vaya si lo comprendía… John Vanderlike tenía todo el interés del mundo en que la operación resultase un éxito y cuanto antes mejor, porque entonces Terrell y sus tres criminales amigotes se irían de su casa, y terminaría aquella angustiosa situación que duraba desde aquella noche en que aparecieron los cuatro criminales pistola en mano, invadiendo la casa, y asegurando que no harían mal alguno a nadie si el doctor Vanderlike, conocido en su profesión como «El bisturí mágico», le cambiaba la cara a Murdoc Terrell.

Sí señor, como en los viejos tiempos del gangsterismo. Pero… ¿acaso los viejos tiempos no tienen siempre alguna cosa buena, interesante, inteligente o conveniente? Murdoc Terrell había cometido ya tantos desmanes en Estados Unidos que no tenía escapatoria, pues le buscaban en todos los Estados y todos los cuerpos policiales del país. Se había da do la orden de cazar a la mala bestia fuese como fuese, y Terrell había comprendido que esta vez tenía la cosa muy mal si no encontraba una solución realmente buena que le permitiera escapar del país.

Y entonces, en una revista, leyó un titular sobre determinada actividad de cirugía plástica de John Vanderlike, el cirujano de los millonarios. Visto y pensado, ¿por qué no cambiar de cara? A fin de cuentas, la suya no era precisamente maravillosa, y continuar luciéndola podía costarle la vida…, ya que lo último que haría en esta vida Murdoc Terrell sería entregarse: no se entregaría jamás, moriría matando.

Pero… ¿por qué morir si podía escapar a otro país y proseguir allá su carrera de robos, crímenes y sadismo? Ah, sí, de sadismo, porque Terrell era, más que malo y cruel, sádico y espeluznante malvado, uno de esos sujetos que goza haciendo el mal, y que jamás cambiaría. Estuviera donde estuviera él haría el mal. Tenía tan malas entrañas que Vanderlike no tuvo más remedio que acceder a sus requerimientos respaldados por amenazas. O accedía, o Terrell le iba a cortar la cabeza a su mujer y a su hija.

Los había atrapado a los tres en casa la noche de su aparición: John Vanderlike, su esposa Joan, y la hija de ambos, la encantadora Priscille. Y desde aquella noche las cosas habían seguido un proceso… lógico. En primer lugar, la familia fue advertida de que hasta que Terrell se marchase de allí con la cara cambiada nunca estarían fuera de la casa de campo los tres a la vez, siempre debería haber por lo menos uno en la casa, pero mejor dos. De este modo, el que fuese a la ciudad, o se relacionase de cualquier modo con amistades o colegas, sabría que al menor desliz los hombres de Murdoc Terrell asesinarían a los rehenes de turno.

Y así habían transcurrido aquellas semanas, arreglándose las los Vanderlike para que nadie les visitase, respondiendo al teléfono con normalidad, y haciendo apariciones también normales, o casi, entre sus amistades o en su trabajo el doctor…, pero siempre, siempre,

dejando uno o dos rehenes en la casa.

Lo malo fue que había sucedido lo que era de temer, lo que John y Joan habían temido desde el principio: una de las veces en que él se encontraba trabajando en la clínica de la ciudad, dos de los tres amigotes de Terrell habían violado a la joven Priscille hasta hartarse…, y cuando terminaron se la pasaron a Joe, que había culminado alegremente la hazaña.

Cuando, al regreso de John Vanderlike, éste se enteró, atendió en sombrío silencio a su hija y a su histérica esposa, y, cuando al día siguiente, al visitar a Terrell en su habitación, el criminal le dijo que no se lo tomara a pecho, que la cosa no era tan trágica, Vanderlike se quedó mirándolo y murmuró:

—Sabía que lo harían.

Murdoc Terrell se había quedado de una pieza.

—Ah —musitó—. ¿Sabía que mis hombres…?

—Es lo lógico en gentes como ustedes: siempre hacen daño a sus semejantes, sea como sea.

—Bueno, ya que se lo toma tan bien les diré a los muchachos que pueden seguir tirándose a su hija, ¿eh, doctor? —rió Terrell ahogadamente bajo los vendajes.

—Si vuelven a tocar a mi hija le clavaré a usted un bisturí en el corazón, Terrell —replicó serenamente el cirujano.

La posibilidad no era nada remota. Vanderlike, que visitaba diariamente a Terrell, podía perfectamente camuflar uno de sus bisturíes en la ropa, y cortarle al criminal el cuello con toda facilidad y habilidad digna de un profesional. De modo que Murdoc Terrell se aseguró bien de que sus hombres no volvieran a molestar a Priscille, ni a Joan, como tenían proyectado.

Pero bueno, ya todo iba a terminar. En el día de hoy, John Vanderlike iba a retirarle los vendajes a Murdoc Terrell, con lo que éste dejaría de necesitar al cirujano. Y sus planes estaban muy claros a partir de ese momento. Le iba a dar una lección inolvidable a Vanderlike: no sólo él y sus hombres violarían a su mujer y a su hija delante de él, sino que acto seguido las matarían a las dos, y luego a él lo colgarían de la lámpara del salón, simplemente linchándolo, como si fuese un vulgar facineroso. ¿Qué se había creído aquel medio cucho? ¡A Murdoc Terrell no le amenazaba nadie…!

La puerta se abrió, y apareció Floyd, sonriente, con aquella mueca de risa malvada que repelía y asqueaba.

—Eh, jefe, la señora dice que tiene que ir un momento al pueblo más cercano a comprar no sé qué.

—¿Ha llegado ya Vanderlike?

—Todavía no.

—Pues su mujer no sale de aquí hasta que él llegue. La chica ya está en la ciudad, ¿no es así?

—Sí, pero la señora dice que puedo acompañarla, que a éstas alturas ya no van a complicarse la vida. Y tiene razón.

—Tal vez, pero yo mando aquí, y digo que hasta que llegue Vanderlike ella no sale de aquí. ¿Está claro? Cuando llegue el marido la dejáis salir, pero no antes. Ya sabemos que es una familia unida, y que mientras tengamos a uno aquí los otros dos no nos perjudicarán en nada… ¿Qué hora es, Joe?

—Tres minutos más tarde que antes, jefe —dijo Joe, resignado.

John Vanderlike llegó apenas doce minutos más tarde, y subió directamente a la habitación de Terrell tras charlar unos segundos con su esposa Joan, que partió hacia el pueblo sola. Verdaderamente, a aquellas alturas, ya no valía la pena complicarse la vida, eso lo entendían incluso Floyd, Sam y Joe…

—Aja, el bisturí mágico —exclamó Terrell, chispeantes los ojos, al ver entrar a Vanderlike—. ¡Hoy es el gran día, doctor!

—Sí, lo es —asintió secamente Vanderlike.

—¿Algo no va bien? —entornó los ojos Murdoc Terrell.

—Nada va bien.

—¿Qué quiere decir?

—Sé que ustedes tienen proyectado matarnos a los tres en cuanto mi trabajo haya terminado, Terrell.

—Vamos, vamos, no sea malpensado, hombre… Estoy contento de usted, las cosas han ido bien, todos hemos sido bastante razonables, ¿no?

—Yo no soy ningún tonto, Terrell, de modo que he tomado mis medidas.

El silencio quedó flotando como algo tangible tras las palabras del cirujano plástico.

—¿Qué medidas? —susurró Murdoc.

—En primer lugar, despídase de matar a mi mujer y a mi hija.

Va a matarme a mí, porque no he podido encontrar el modo de escurrir el bulto, pero no a ellas. Ya me he resignado a la idea de morir…, y no crea que me importa demasiado, sabiendo que me llevo conmigo a un bicho como usted.

—¿Ha avisado a la policía? —se estremeció Terrell—. ¿La tenemos aquí, rodeando la casa?

—Nada de eso. Me he informado muy bien sobre usted, y sé que o lograría escapar con la ayuda del demonio, como ha sucedido hasta ahora, o antes de morir mataría cuanta más gente mejor. Usted no se entregaría nunca, pero seguro que lo harán estos tres cretinos cuando usted ya no exista. Mi mujer ha ido a advertir a la Policía de Shortville que están aquí. Ella cree que he encontrado un truco para escapar yo también, así que enviará a la Policía. A mí me encontraran muerto, pero a usted también.

Diciendo esto, John Vanderlike abrió su maletín, y sacó unas largas y afiladas tijeras, con las que señaló el rostro vendado de Murdoc Terrell. Pero no pudo dar ni siquiera un paso hacia el criminal, porque Joe le colocó la pistola bajo la barbilla, y gruñó:

—Quieto, amiguito. ¡Nada de acercarse al jefe con eso en la mano, después de lo que ha dicho! ¿Lo mato, Murdoc?

—No. Dame esa pistola.

Murdoc salió de la cama, tomó la pistola que le tendía su compinche, y apuntó al pecho de John Vanderlike, que aspiró hondo. Eso fue todo. De pronto sonrió, y dijo:

—Estás listo, criminal. Vas a pagarlo todo ahora, incluido lo que estas bestias le hicieron a mi pequeña Priscille.

—Estás hablando como si todavía te necesitara —dijo Terrell—, y ya no es así, idiota. No te necesito para quitarme unos simples vendajes.

Disparó por tres veces, gozando con ello, con el gesto de dolor de John Vanderlike, con sus salpicaduras de sangre y sus giros hasta caer muerto cerca de la puerta, destrozado el pecho a balazos.

Terrell tiró la pistola sobre la cama, empuñó las tijeras que había esgrimido el cirujano, y fue a colocarse ante el espejo. Comenzó a cortar los vendajes. Cuando terminó, todavía no comprendía. Tras él, por medio del espejo, vio a Floyd, Joe y Sam mirándole con ojos desorbitados por el terror, desencajados sus lívidos rostros. Una extraña atmósfera de horror flotaba en el

ambiente del dormitorio.

Muy despacio, la mirada de Murdoc Terrell regresó al rostro que había visto en el espejo, pero que había rechazado. No era cierto, no estaba viendo nada real, ni mucho menos, aquello tenía relación con él. Estaba viendo la cabeza de un hombre que tenía cabellos, orejas y ojos…, y que en el resto mostraba solamente hueso. Era como… como si a una calavera le hubieran colocado orejas de plástico, ojos de vidrio, y una peluca. Era un rostro sin carne en la barbilla, ni en la nariz, ni en las mejillas; un rostro sin labios, sin párpados. El bisturí mágico de John Vanderlike había retirado de sobre aquella calavera toda la carne que alguna vez la cubriera. Estaba contemplando una calavera con ojos y peluca, algo tan horripilante que, de repente, Murdoc lanzó un alarido inhumano, saltó hacia la pistola, la empuñó, y, enloquecido, asesinó en cuestión de segundos a sus tres criminales compinches.

Luego, tras volver a mirar aquella calavera con ojos y peluca en el espejo, abrió la boca de grandes dientes amarillos, metió la pistola dentro, y apretó el gatillo.

La bala salió por la coronilla, destrozando la peluca.

Y la luz de la vida se apagó en los ojos del monstruo creado por el bisturí mágico.

Evidentemente, Peter Marlowe había terminado su relato, que no parecía haber tenido tampoco demasiado éxito, por lo que Malcom Ryders le hizo pared, y tras hacer la anotación correspondiente en su libreta, miró a los esposos Ferguson y dijo:

—Si la señorita Winston va a ser la última sólo quedan ustedes… Escuchemos su relato, señor y señora Ferguson.

—Se titula «Sadoterapia» —dijo Ronald Ferguson, y es así…

Siguiendo el sendero llegó finalmente ante la casa de la cual había estado viendo desde pocos minutos antes el resplandor de la luz en una ventana, como un halo amarillento que finalmente se concretó, se definió como aquella amplia ventana tras la cual estaba la cortina, y tras ésta la luz.

Frenó, apagó las luces de situación y el motor, y todo quedó en silencio. Un silencio insólito para él, que venía de la gran ciudad; un silencio incluso sobrecogedor, que permitió que impregnara sus tímpanos durante unos minutos.

Finalmente se apeó, y se acercó a la casa. No parecía muy tranquilo, se notaba su titubeo, una cierta desazón. La ventana iluminada quedó a su izquierda, y girando la cabeza hacia la derecha y alzando la mirada vio la luna llena en un cielo lívido y con estrellas empalidecidas por el brillo de la luna.

Llamó a la puerta de la casa, pero nadie contestó. Tampoco insistió mucho, sino que se limitó a empujar la puerta… Dentro de la casa había luz, naturalmente. La localizó a su izquierda, definiendo el hueco de otra puerta abierta.

—¡Buenas noches! —gritó—. ¿Hay alguien en casa?

No hubo respuesta alguna.

—¿No hay nadie? —insistió.

El mismo silencio por respuesta.

Cerró la puerta tras él y se encaminó hacia la puerta abierta. Se detuvo en el umbral. Era una salita, y su ventana era la que se veía iluminada desde el exterior. Era una salita vulgar y corriente, modesta, pero agradable.

Atado a uno de los sillones había un hombre de unos cuarenta años, de buen aspecto, quizá algo rechoncho, con lentes de montura de acero, cuya indumentaria era un pijama y un batín; cerca de sus pies sujetos con brutales vueltas de la soga se veían las zapatillas. Una ancha tira de esparadrapo amordazaba implacablemente al hombre de los lentes; tras éstos, sus ojos se abrieron mucho contemplando con gran alivio y esperanza al recién llegado.

Este se acercó lentamente, contemplando al hombre con una expresión entre, incrédula, cohibida y alerta. El amordazado intentó hacerse oír inútilmente; mejor dicho, emitió sonidos ahogados cuyo solo objeto era dar a entender lo que resultaba obvio: que no podía hablar.

El recién llegado titubeó todavía unos segundos, y por fin, le arrancó la tira de esparadrapo. El hombre de los lentes suspiró hondamente, entrecortadamente, con un trémolo de todo el cuerpo.

—¡Gracias a Dios! —jadeó acto seguido—. ¿Es usted de la Policía?

—No —negó el otro con voz tenue.

El temor, el espanto, apareció súbito en los ojos del otro.

—¡Dios mío! —palideció en su sofoco—. ¡No será usted uno de ellos!

—¿De quiénes?

—¡De los que nos han traído aquí!

—¿A quiénes?

—¡A mí y a las dos mujeres!

—¿Hay dos mujeres en la casa? ¿Seguro?

—¡Claro que estoy seguro!

—¿Y quiénes son?

—¡No lo sé, sólo sé que ellos nos trajeron aquí, a mí me colocaron aquí y no he vuelto a saber nada más!

—¿Quiénes son ellos?

—¡Los hombres que nos trajeron aquí!

—¿No los conoce usted?

—¡Claro que no!

—¿Ni conoce a las mujeres?

—¡Ya le digo que no! ¡Desáteme, tenemos qué avisar a la Policía inmediatamente, antes de que vuelvan!

El recién llegado estuvo contemplando al otro atentamente, evidenciando sus dudas. Por fin, murmuró:

—Me llamo Braddock. Y voy a decirle una cosa: no me fío de usted.

—¿Está loco? ¡Ya le estoy diciendo lo que pasó…!

—Le diré lo que me ha pasado a mí —dijo el llamado Braddock—: verá, de pronto recordé que tengo que hacer una llamada telefónica de urgencia, y resulta que estoy en un tramo de carretera interior donde difícilmente encontraré un lugar desde donde telefonear. Y de pronto veo una luz entre los árboles, acto seguido un sendero, y pensando que hay una casa y un teléfono me acerco, para pedir que me dejen llamar por teléfono. ¿Y qué me encuentro? Pues, me encuentro una cosa muy rara que no me gusta nada.

—Pero… ¡Dios bendito, ya le he dicho lo que ha pasado! ¡Tiene usted que ayudarnos!

—Veamos si lo he entendido bien: a usted y a dos mujeres los han traído a esta casa. No conoce a las mujeres, ni conoce a quienes los han traído a ustedes aquí. Y por supuesto, esta no es su casa, ¿verdad?

—¡Claro que no es mi casa!

Braddock movió la cabeza, y miró alrededor. Vio el teléfono, se acercó a él, y descolgó el auricular, que colocó en su oído. Estaba

empezando ya a marcar el número cuando se detuvo. Su mirada regresó, hostil, hacia el sujeto atado al sillón.

—El teléfono no funciona —dijo.

El otro parpadeó, fue a decir algo, y todo lo que pudo hacer fue tragar saliva, para, finalmente, quedarse mirando a Braddock con ojos desorbitados. Braddock se encaminó hacia el paño de pared donde había una escopeta de caza de dos cañones colocada sobre dos ganchos. Un poco más allá, cerca de la repisa de la chimenea, había un cinto repleto de cartuchos.

Braddock descolgó la escopeta, metió dos cartuchos en el arma, y se guardó otros cuatro en un bolsillo.

—Pero… ¿qué está haciendo? —reaccionó el otro—. ¡Por el amor de Dios, haga algo! ¡Algo por nosotros!

—¿Sabe? —dijo Braddock—. No me gusta la gente que menciona tanto a Dios. No me gusta usted.

—Pe… pero… pero…

—Será mejor que se calle. Aquí hay algo muy raro, y lo primero que voy a hacer es convencerme de que no hay peligro para mí.

El otro estaba como alucinado. Braddock salió de la sala con la escopeta en el brazo, escuchando muy atentamente. Siguió el pasillo hacia la izquierda, y llegó a la cocina, cuya luz encendió.

Sobre la cocina de gas había una jaula de alambre dentro de la cual había un gato negro, echado de lado, que apenas parpadeó cuando Braddock encendió la luz. Se quedó miran do al hombre fijamente. Sus ojos parecían dos siniestras manchas amarillas. Por un tiempo que pareció a punto de eternizarse Braddock estuvo mirando fijamente al gato. Por fin, se pasó la lengua por los labios, dio la vuelta, y salió de la cocina.

En la casa había un cuarto de baño amplio y tres dormitorios. El cuarto de baño y el primer dormitorio que miró estaban vacíos. En el segundo dormitorio, tendida en la cama completamente desnuda, había una hermosa mujer de cabellos rubio platino; sus manos y sus pies estaban atados a los barrotes sólidamente. Su boca también estaba sellada con una ancha tira de esparadrapo. Era bellísima. Ni siquiera el miedo que había en sus grandes ojos azules restaba belleza a sus facciones. Incorporaba la cabeza para mirar bien a Braddock, que a su vez la contemplaba desde el umbral.

Se acercó lentamente a ella, y vio bien la tersura de su piel, la

hermosura de su carne, mórbida y densa, y la forma y delicadeza de los pezones. Ella le contemplaba pálida y tan muda de miedo que la mordaza era, en aquel momento, innecesaria.

—¿Usted tampoco vive aquí? —preguntó de repente Braddock.

Ella movió negativamente la cabeza. Braddock asintió, con cierta sorna. Acercó la mano libre al cuerpo de la mujer, y acarició la tensa piel de su cadera. Ella se estremeció, y toda su carne, toda su piel, se erizó. Braddock deslizó la mano hacia arriba, por el costado y el brazo, zigzagueando hacia la espalda, y finalmente la posó en un seno, que atrapó ávidamente, apretándolo, estrujándolo, sobándolo con dolorosa rudeza. Se oyó el ahogado gemido de la hermosa rubia pía tino, cuyos ojos se habían desorbitado todavía más.

Braddock dejó la escopeta sobre la cama, se inclinó sobre la muchacha, y su boca se apoderó de un pezón, sin que ella lograra evitarlo con sus escorzos. Lo único que consiguió fue hacer enfadar a Braddock, que la golpeó salvajemente con el puño derecho en pleno vientre, dejándola casi desvanecida. Entonces, tranquilamente, Braddock se dedicó a sorber el pezón, apacible, gustosamente, mientras sus facciones se relajaban. Lentamente, en su rostro fue apareciendo una sensación de deleite casi infantil.

Se oyó el «miau» del gato.

Todo el cuerpo de Braddock tembló. Se apartó de la mujer rápidamente, empuñó la escopeta, y volvió a la cocina… Dentro de la jaula, las siniestras pupilas amarillas le contemplaban fijamente.

—Sí, ¿eh? —dijo Braddock.

Se acercó a la jaula y metió por entre la trama del alambrado la boca de la escopeta. El gato retrocedió, temeroso y al tiempo arisco, y olfateó. Alzó una zarpa y dio unos golpecitos al cañón del arma. Braddock emitió una risa sofocada.

—¿Qué te pasa? —dijo en voz alta—. ¿Crees que vas a convencerme de que eres un buen muchacho al que le gusta jugar? ¿Crees que vas a convencerme de que eres simpático? ¡Pues yo te aseguro que no!

Desvió el doble cañón, colocó la doble boca en un costado del gato, y apretó éste contra el alambrado del otro lado de la jaula. El animal profirió un maullido de dolor y acto seguido un bufido. Con agilidad y energía propia de su raza, el animal se liberó de la

presión del cañón de la escopeta, y se arrinconó, bufando ahora con más fuerza.

—Sí, ¿eh? —rió Braddock.

Acercó la boca de fuego al rostro del gato, que se encogió, y mostró sus rojas fauces, siempre bufando.

Con la boca de la escopeta a menos de tres dedos del rostro del gato, Braddock apretó el gatillo doble.

Hubo un brevísimo maullido feroz, sonó el doble estampido como un par de cañonazos, y, casi simultáneamente, todo estalló en una orgía de rojo y negro caliente y líquido. Las salpicaduras del destrozado animal se extendieron por toda la cocina, dejando rojas y negras manchas en las manos y el rostro de Braddock, que se echó a reír jubilosamente.

Dejó la escopeta a un lado, abrió la jaula, y sacó de ésta los restos del gato sujetándolos por la cola. Era como sostener un espeluznante pincel negro con pintura roja. No quedaba ni rastro de la cabeza, y unas vísceras aparecían por el tremendo boquete que casi había pulverizado medio cuerpo.

Como jugando con aquellos despojos, Braddock entró en el otro dormitorio donde, en efecto, había otra mujer. Esta debía tener unos sesenta años, era regordita, de rostro sonrosado; llevaba lentes, y vestía completamente de oscuro. Estaba sentada en una butaca a la que, ciertamente, había sido, sólidamente amarrada, y, por supuesto, estaba amordazada.

Los ojos casi se le salieron de las órbitas al ver aparecer a Braddock jugando con el medio cadáver del gato, una chispa de locura brilló un instante en las pupilas femeninas. Braddock se plantó ante ella, y balanceó el gato ante los desorbitados ojos.

—Mira, mira —dijo riendo casi infantilmente—, ¡mira tu «Otelo», mira!

La mujer miraba del gato a Braddock y viceversa. Pareció que su rostro fuese a estallar en una implosión cuando Braddock la golpeó en él con el cadáver del gato. El sobresalto de la mujer fue tal que desplazó unos centímetros el sillón al intentar apartarse. Braddock volvió a reír, y de nuevo la golpeo con el cadáver del gato, dejándole manchas de sangre y pellejo negro por todas partes. Acto seguido, apartó la ropa de la parte delantera del vestido, y metió el medio gato entre los grandes senos de la mujer, que ahora chillaba

sordamente, ahogándose, presa de tremendas convulsiones de asco y terror.

Pero no pudo hacer nada: quedó con el retorcido medio cadáver del gato metido entre sus grandes pechos, mientras Braddock reía y reía. Asió con las ensangrentadas manos el respaldo del sillón, lo echó hacia atrás, y, manejándolo como si fuese una carretilla sin ruedas, lo sacó del dormitorio, trasladando de este modo a la mujer desde su dormitorio al de la bellísima rubia platino, mientras en la sala seguían oyéndose los gritos del hombre del pijama y el batín.

Braddock llegó con su carga al otro dormitorio. La muchacha desnuda desorbitada de nuevo los ojos. En su vientre comenzaba a perfilarse el tono oscuro del hematoma que provocaría el impacto del puño de Braddock. Este salió del dormitorio, y regresó en seguida arrastrando al tipo del batín como antes a la mujer, con sillón incluido.

—Pero… ¿qué está pasando? —gritó el otro—. ¿Qué está haciendo? ¡Usted es uno de ellos, uno de esos criminales…!

—Cállese o le disparo la escopeta en los cojones —dijo Braddock.

El hombre calló en el acto, atragantándose. Braddock fue a por la escopeta, y la dejó bien a su alcance y haciendo ostentación de ella y de sus claras intenciones de usarla si le pasaba por la cabeza. La mujer que tenía el cadáver del gato entre los senos se asfixiaba en sus sollozos.

Braddock se acercó a la rubia platino, se sentó en la cama junto a ella, y deslizó una mano, plana, por sus hermosos senos y vientre, para detenerla de lleno sobre el sexo.

—¿Sabes qué voy a hacer, cariño? —preguntó—. ¿Lo sabes? No, me parece que no lo sabes. Tal vez tengas el temor de que vaya a violarte, pero no, no haré semejante cosa, te lo juro. A quien sí voy a violar es a tu madre.

Movió la cabeza hacia la rechoncha vestida de negro. La rubia platino se desconcertó, y hasta la rechoncha dejó de gimotear para mirar a Braddock todavía más asustada, y no poco desconcertada.

—Pero antes —dijo Braddock— mira lo que hago con tu hermanito. ¡No te pierdas detalle!

Se colocó ante el sujeto del batín, se inclinó sobre él, y le escupió al rostro. El hombre gritó, dio un tirón a sus ligaduras,

mostró una palidez de cadáver; Braddock no le dio tiempo a mucho más: le rodeó el cuello con las manos, y volvió el sonriente rostro hacia la belleza desnuda.

—Mira, mira —rió—. ¡Mira!

Comenzó a apretar. El hombre del batín movía la cabeza, intentaba mover el cuerpo, gritaba, aullaba, tosía y jadeaba. Todo color desapareció de su rostro, que se enfrió y se llenó de sudor. Braddock, que apretaba sin dejar de mirar a la horrorizada rubia platino, volvió por fin el rostro hacia el sujeto al que estaba estrangulando, y acercó su rostro al de él.

—Hijoputa de mierda —jadeó—, ¿qué te habías creído? ¿Te figurabas que ibas a vivir siempre a mi costa, burlándote de mí, poniéndote mis batines y utilizando mis coches y mi yate para tus correrías de golfo inútil?

Una espuma espesa comenzó a aparecer en la boca del otro, que había cesado de moverse. Su mirada era incierta. Ahora, su rostro estaba lívido y desencajado. Sus ojos efectuaron un visaje estrábico. Braddock rió, y apretó más. Y más. Y más. Y más. La lengua del otro, como una horrenda masa morada, aparecía por entre los labios.

Braddock retiró lentamente las manos, se irguió, y aspiró profundamente.

—Pues no es tan difícil como parecía —exclamó—. ¡Estoy seguro de que lo demás también será fácil! Vamos a ver, vamos a ver, vamos a ver… ¡Ah, sí, ahora tengo que violar a la vieja gorda!

La mujer del gato le miró con renovado terror. Desde la cama, la bella muchacha parecía ahora como ausente, fascinada por el espanto.

—Te lo diré bien claro, gorda —dijo Braddock, plantándose ante la mujer—: te voy a soltar, pero va a ser para que hagas todo lo que yo te diga. Si no lo haces, simplemente te abriré el vientre con un cuchillo de cocina y te meteré dentro el gato. ¿Me has comprendido?

La mujer asintió. Braddock también asintió, la soltó, y se puso a reír cuando ella se apresuró a abrirse su vestido y a quitarse con aspavientos y sollozos el medio gato muerto. De repente, Braddock saltó sobre ella, la hizo girar, y la obligó a echarse de bruces sobre el sillón, de espaldas a él. Sin más, le alzó la ropa, le arrancó las

bragas, y la penetró furiosamente, mientras la mujer gemía y sollozaba y se estremecía como si estuviesen perforando sus entrañas.

—¿Lo ves? —miró Braddock a la rubia platino—. ¿Ves lo que estoy haciendo con la cerda de tu madre, lo ves? ¡Pues esto no es nada, vas a ver ahora cómo esta vieja asquerosa que siempre me está impidiendo hacerlo contigo se va a esmerar en proporcionarme la gran gozada de mi vida! ¡Tú, cerda, no te muevas de aquí!

Se apartó de ella, recogió la escopeta, la recargó, y se situó de nuevo detrás de la mujer, que permanecía en la misma postura, llorando ahora a lágrima viva, presa del más profundo pánico. Le puso la boca de fuego en la nuca, y gritó:

—¡Y muévete bien, perra, cerda, asquerosa, o te voy a volar la cabeza!

La mujer chilló cuando él volvió a penetrarla brutalmente, y comenzó a moverse en seguida, con una torpeza patética. La mano libre de Braddock se clavaba como una garra en sus nalgas.

—¡Y no creas que te estoy haciendo esto realmente para disfrutar, asquerosa! —aulló—. ¡Lo hago para humillarte, tú que tanto me desprecias a mí, y ya ves, dándome gusto! ¡Me das asco, pero gozaré contigo y te humillaré! ¡Esta humillación será lo último que recordarás en tu vida…!

Lanzó un berrido de placer y furia, se estremeció, se quedó luego un instante inmóvil y jadeante, y, echándose a reír, apretó los dos gatillos de la escopeta.

Ante el atroz espectáculo, la muchacha de la cama cerró los ojos mientras su cuerpo vibraba en un extenuante grito silencioso…, que se interrumpió cuando notó el contacto frío y viscoso en su vientre. Abrió entonces los ojos, y quedó muda de espanto al ver a Braddock inclinado sobre ella.

Braddock sonreía cariñosamente.

—A ti no voy a violarte. Lo que voy a hacer es cortar tu cara de arriba a abajo, en rodajas, con una cuchilla de afeitar. Y te cortaré los ojos, y las orejas, y la lengua… Cuando termine contigo no serás nada más que un despojo… ¿O quizá prefieres que hagamos el amor? Yo no quiero, pero si tú me lo pidieras… O sea, ya me entiendes, no voy a violarte, pero si tú me pides que lo hagamos no será violación, ¿verdad? ¿Me lo pides, cariño? ¿Me lo pides?

La muchacha asentía enérgicamente con la cabeza. Braddock rió de nuevo, se desnudó, y saltó sobre ella; penetrándola… Se abrazó al bellísimo cuerpo como si de ello dependiera su vida.

—Ethel, Ethel, amor mío…, ¡si supieras cuánto te amo, si supieras cuánto ansío estar siempre así contigo! Y tú también lo deseas, ¿no es cierto? Ethel, cariño, vamos a gozar los dos muchísimo, ahora que nadie podrá interrumpirnos ni reírse de mí por mi fealdad siendo tú tan hermosa… ¡Amémonos, Ethel, mi vida…!

—Has sido maravillosa, cariño —suspiró Braddock—. Para no perder nunca este recuerdo de ti, y para que nunca puedas repetir esto con ningún hombre, como has estado haciendo hasta ahora, no tengo más remedio que…

Empapada en sudor, la bellísima muchacha vio aparecer la cuchilla de afeitar en la mano de Braddock. Quiso gritar cuando la cuchilla se acercó a su rostro, pero todo lo que consiguió fue la sensación de que sus sienes iban a estallar.

Apenas sintió la primera pasada de la cuchilla, tan agudo era el filo de ésta.

Cuando Braddock regresó a su coche, encontró un sobre encima de su asiento. Lo abrió, y sacó la hoja de papel que contenía, y que estaba escrita por un lado. A la luz del tablier leyó:

> Cazar y enjaular un gato: $ 1.000
> Hombre con las características exigidas: $ 10.000
> Mujer gorda de mediana edad: $ 10.000
> Joven rubia platino muy bella: $ 25.000
> Total: $ 46.000

Braddock extendió un cheque por esta cantidad, lo metió dentro del sobre con la nota, y lo tiró fuera del coche, alejándose.

Todavía se veían las luces de posición del coche cuando un hombre apareció de entre las sombras, recogió el sobre, y se metió en la casa. Echó un complacido vistazo al cheque, y luego se adentró en la casa. Un minuto más tarde contemplaba impávido el horrendo espectáculo del dormitorio con tres cadáveres. La muchacha rubia platino tenía el rostro convertido en un espanto, y había sido finalmente estrangulada con un sujetador.

—Bueno —movió la cabeza el hombre—, ¡cada cual se divierte como puede! ¡Y por mí, mientras me paguen el material!

—¿De dónde vienes a estas horas? —saltó Ethel del sillón en cuanto lo vio aparecer—. ¿Qué te ha ocurrido?

—Jim Braddock —apuntó a éste con un gordo dedote su suegra, sentada en otro sillón, y con el negro gato «Otelo» en la falda—, estoy segura de que vienes de cometer alguna sinvergonzada.

—Vamos, vamos, no seáis así —rió Ernest, el hermano de Ethel y por tanto hijo también de la gorda—, el pobre Jimmy es incapaz de hacer nada censurable. ¿Verdad, cuñadito?

James Braddock terminó de entrar en el salón de su magnífica quinta, se acercó a su bellísima y joven esposa Ethel, una espléndida rubia platino que le contemplaba irónicamente, y se inclinó para besarla en la frente. Ernest, ataviado, cómo no, con uno de los batines de su millonario cuñado, contemplaba a éste a través de los cristales de sus gafas de montura de acero. El gato negro bufó al acercarse Braddock.

—¡Hasta el gato sabe que eres un sinvergüenza! —increpó la suegra—. ¡Ya estás pensando que esta noche…! ¡Pues para que lo sepas, esta noche Ethel y yo vamos a salir!

Jim Braddock miró a su suegra, a su cuñado, y finalmente a su mujer. Para sorpresa de los tres, sonrió, cosa que últimamente no hacía con frecuencia, ni mucho menos.

—¿De qué te ríes tú? —exclamó su suegra.

Jim Braddock amplió su sonrisa. Algún día llevaría a cabo la sadoterapia con los personajes auténticos. Sabía ya que no iba a resultar nada difícil. Y además, ¡qué demonios, tenía que admitirlo!, había resultado francamente divertido y relajante. Sí, se sentía como nuevo, en paz con todos…, por el momento.

Y es que ya se sabe: no hay como encontrar la terapia adecuada.

—¡Es un relato simpático! —exclamó Patricia, riendo—. ¡Claro que en efecto es bastante sádico, pero resulta simpático, en el fondo!

—Muy en el fondo —dijo Malcom Ryders—. ¡Caramba, ya tenemos de vuelta a nuestro buen zombie en el champán! ¡Ya era hora!

Todas las miradas convergieron en Augustus, que entraba en el salón empujando un decrépito carrito en el que se veía un gran

cubo de zinc conteniendo dos botellas de champán y hielo picado. El zombie respondió sin inmutarse:

—He estado esperando afuera a que terminase este cuento, señor Ryders, para no interrumpir.

—Sin duda debe ser cierto —dijo con voz riente Patricia—, pero me parece que además te has entretenido de otro modo muy agradable, Augustus.

—¿Qué modo? —se interesó Ryders.

—¿No te fijaste en que Camelia llevaba pintados los labios? Pues fíjate bien ahora en los labios y la barbilla de Augustus.

Malcom miró sorprendido al zombie, que estaba descorchando una de las botellas de champán con una mano tan enorme que resultaba increíble; casi se perdía la botella de champán en ella.

—¡Pero…! —exclamó de pronto Malcom—. ¡Pero si Augustus lleva la boca y la barbilla manchadas de carmín! Vaya, Augustus, si no recuerdo mal antes nos dijiste que los zombies no podéis hacer el amor, ni nada de eso…

—Sólo dije que no podíamos hacer el amor, señor Ryders, no que no pudiéramos besarnos. Gracias a la Reina todavía tenemos pequeñas compensaciones que nos permiten disfrutar de esta segunda vida… Permítame, señorita Winston…

Patricia le tendió la copa al zombie para que escanciase champán en ella, y al mismo tiempo fruncía el ceño y murmuraba:

—Precisamente mi relato trata de la vida y la muerte…, pero no tal como lo han estado enfocando ustedes hasta ahora. Es un cuento… diferente, y que vamos a titular «Derecho a la vida»…

… Y de pronto, se dio cuenta de que tenía vida.

Hasta entonces, hasta hacía muy poco, había sido una sensación vaga, indefinible; un saber y un no saber; un sentir y un no sentir algo en verdad extraordinario, como si de alguna parte remotísima hubiera llegado no la vida, sino una memoria de vida.

Era extraordinario y apasionante.

A decir verdad, si le hubieran preguntado qué sentía no habría sabido qué contestar. Había que tener en cuenta que acababa de llegar a la vida, y sus facultades de expresión eran mínimas; seguramente, no aumentarían demasiado cuando fuese adulto, pero en su estado primigenio eran casi inexistentes.

Eso sí, sentía la vida.

Sabía que estaba vivo.

Sabía que todo él latía, respiraba, se movía. Percibía vida a su alrededor. No estaba todavía en un lugar indefinible donde se era y no ser era, donde se existía y no se existía. Estaba, sin la menor duda, en un lugar donde había Vida. Es más, precisamente la Vida estaba en aquel lugar donde él acababa de nacer.

Todo eran rumores a su alrededor. Sabía que tenía que ver, pero aún no veía. No sabía a ciencia cierta qué era la oscuridad, pero la estaba sintiendo. Bueno, seguramente todo era normal. Había nacido de otro ser hacía muy poco, y no podía esperarse que inmediatamente adquiriera su individualidad.

Todo tenía un proceso.

¡Ah, si recordara su estado anterior…! Lo intentaba, pero no lo conseguía. Sabia, eso sí, que procedía de otra vida, de algún modo. Sí, sabía seguro que antes había estado integrado en otra vida. Otra vida más grande, más poderosa, más sólida qué la suya, pero vida al fin, y nada más que vida. Sería absurdo medir la valía de la vida por el tamaño del ser que la vive, aparte de que todos los seres, cuando nacen, son de menor tamaño que cuando se hacen adultos.

Esto era normal. También él, andando el tiempo, sería un adulto, y entonces, ¡claro está!, su tamaño habría aumentado. De momento se sentía diminuto y bastante indefenso, pero dispuesto a vivir. ¡Tenía todo el derecho a la Vida!

De momento no veía nada, apenas oía, y no sabía mover el cuerpo. Normal en quien acaba de llegar a la Vida. El sentido más desarrollado, hasta el momento, era el oído. Bueno, por algo se empieza. Otra sensación que empezaba a experimentar era la del hambre.

Pero lo que más interesado le tenía eran los sonidos, en cuanto a las sensaciones de su cuerpo. Luego, estaban las otras sensaciones; las sensaciones de la mente. Aquí era donde, sin lugar a dudas, era importante. Relativamente, claro, porque… ¿qué o quién es importante en la Vida? Había seres gigantescos y seres diminutos, él sabía esto. Nunca había visto a unos ni otros, pero lo sabía. Y vagamente, intuía que se trataba de una memoria ancestral de Vida. Es decir, que él sabía cosas de la Vida porque ya antes había sido Vida.

Esto tenía sentido. ¿Acaso no acababa de nacer de otro ser

viviente que le había cedido su turno de Vida? Y ciertamente, tanto antes como ahora había tenido facultades extraordinarias. Diferentes, eso sí, pero extraordinarias. ¡Todo era tan extraordinario…!

Ahora mismo, de un modo tenue, comenzaba a sentir la comunicación. Bueno, era sólo una tentativa de comunicación. Evidentemente, el ser que buscaba la comunicación con él no estaba muy desarrollado; o quizá era él quien todavía no estaba suficientemente desarrollado. En cualquier caso, la comunicación era como lejana, débil. Ah, pero se iba desarrollando su facultad de percibir, y no tardó mucho en asimilar la comunicación.

—Bien venido a la Vida —se le comunicó.

Fue una bienvenida amable. Directa de fuente pensante a fuente pensante. Sin sonidos. Oía sonidos a su alrededor, aquellos rumores de vida, de movimiento. De movimiento físico, de movimiento de Vida.

—Tal vez todavía no recibe —le llegó otro pensamiento.

—Ya debe recibir; está lo suficientemente desarrollado.

—Pues si recibe no es capaz de comunicarse.

Entonces reaccionó, y expresó:

—¡Sí soy capaz de comunicarme!

—Ah, de modo que ya estás definitivamente entre nosotros —recibió—. Bien, ahora simplemente vive.

—Sé que vengo de la Vida y que estoy en la Vida —lanzó él su duda—, pero… ¿adónde voy?

—A la Vida, naturalmente. Todo es siempre un ciclo sin fin, un ciclo que nunca termina. Todos somos Vida siempre, en un estado u otro.

—Yo no recuerdo mi vida anterior.

—No importa. Has sido Vida, eres Vida, y cuando te llegue el turno de partir seguirás siendo Vida.

—¿Qué tengo que hacer ahora?

—Ya te lo he dicho: simplemente vive.

De modo que se dedicó a vivir. Seguía sin ver nada, pero cada vez oía más y mejor. Oía, sobre todo, el rumor cada vez más nutrido y poderoso de vida a su alrededor. Es decir, que estaba rodeado de Vida. Se sentía infinitamente agradecido al ser al que debía su vida, y al cual no conocía. Pero sentía todavía su calor, sabía que había

sido su origen, su fuente de vida, su núcleo. Allí, dentro de aquel ser más grande que él, había sido llamado a la Vida y se había ido desarrollando, se había ido incubando lentamente. No sabía durante cuánto tiempo, pero eso tampoco importaba, porque no sabía bien qué era el tiempo, no tenía noción de ello. Simplemente, se había desarrollado dentro de otro ser durante un tiempo, y eso era todo.

Vagamente, de este ser recordaba rumores reveladores. Rumores como de calientes líquidos deslizándose; rumores de secreciones; y de modo especial, aquel rumor continuado que estaba seguro de conocer incluso desde antes de nacer, aquel poderoso batir que parecía envolverlo, aquel

bom-bom,
bom-bom,
bom-bom,
bom-bom…

De algún modo recordaba este latir envolviéndolo, como sonando en todas partes alrededor de él. Y recordaba también que se había ido alejando de aquel latir. ¿O quizá era el latir el que se había ido alejando de él?

Bueno, ¿qué más daba? Ahora tenía vida propia, y todo lo que tenía que hacer era asumirla. Tenía hambre.

Y la pregunta era: ¿qué comer y dónde comer? Ancestralmente sabía que no habría de tener problemas, pero de momento el hecho cierto era que tenía hambre y que no sabía qué hacer.

Entonces le llegó la comunicación colectiva:

—Simplemente, come.

Se dio cuenta de que a su alrededor todo el mundo comía. Bien, si todo el mundo comía él también iba a comer. Si todo el mundo comía, él también tenía derecho a comer.

Y fue justo entonces cuando se preguntó si tenía realmente derecho a vivir, habida cuenta de que su vida estaba originada en otra vida. Pensó en el ser de cuya vida provenía su propia vida. Muy bien: ¿acaso aquel ser no había tomado también su porción de Vida con anterioridad, acaso aquel ser no había nacido a su vez de otro ser que le había cedido su vida? Porque así era todo, así lo sentía él. Una vida sigue a otra vida. Aunque no era así exactamente, no… Veamos, no es que una vida siga a otra vida: es que la Vida siempre está en marcha, sea como sea, sea en el estado

que sea. Es decir, que no importa cómo se manifieste la Vida, porque lo que vale es la Vida misma, no el ser en el cual se manifieste.

Exacto, ahora lo había comprendido. Sí, lo que tenía verdadero e intrínseco valor no era tal o cual ser vivo, sino la Vida. La Vida que podía trasladarse de un ser a otro en una cadena interminable. Hasta entonces, y de un modo incierto, se había sentido como despreciado, como integrante de un sistema de vida universal poco apreciado. Pero a partir de estos últimos pensamientos se sintió mucho mejor, se sintió satisfecho, se sintió feliz, e incluso, se sintió importante.

Y lo era.

Era importante porque ahora le tocaba a él y a otros como el manifestar la Vida. Hasta entonces, la Vida se había manifestado en aquel gran animal que tiempo atrás estuvo latiendo, y al que sabía que llamaban Hombre. Pero aquel Hombre había muerto, y de ese hombre, había nacido él y miles como él. Ahora, la Vida la manifestaban ellos. De la materia del ser anterior llamado Hombre, materia ya extinta, había germinado él y los demás, sus congéneres, con los que se comunicaba. Comenzó a comer, asimilando la materia del hombre muerto en sí mismo. ¡Vaya si era importante! ¿Acaso, de un modo u otro, él y los demás gusanos no estaban perpetuando la Vida? Y, gusano u hombre, amigo, era la Vida lo que importaba…

Patricia Winston terminó su cuento, quedando el gran salón en silencio, cómo había ocurrido hasta entonces cada vez que uno de los invitados terminaba su intervención.

Sorpresivamente, quien rompió el silencio en aquella ocasión fue la joven Sally Marlowe, que casi tartamudeó:

—Yo… yo me temo que… que no he entendido el cuento de la señorita Winston.

—Pues está muy claro, cariño —dijo Dorothy Chalmer, con expresión absolutamente sádica—: resulta que un hombre se ha muerto, y de ese hombre salen gusanos que lo devoran, asumiendo entonces la obligación de vida de ese hombre…

—Perdone —alzó un dedo Malcom—. No asumen la obligación de vida, sino el derecho a la vida. Se trata de comprender que después de una vida viene otra, y que incluso los gusanos tienen

derecho a su turno de vida, aunque sea a costa del cadáver de un ser humano. ¿No es así, Patricia?

—Más o menos —rió la preciosa rubia—. El resumen de esto es que todo cuanto podamos imaginar en el universo tiene derecho a la vida, incluso los gusanos, que algunas personas consideran como absolutamente deleznables.

—Bien, bien, bien —intervino Queen Perverse, que había ido desplazando su ojo de uno a otro invitado concursante—. Debo admitir que el conjunto de los cuentos de esta velada no ha sido malo. Ha habido algunos un poco flojos, otros realmente fuertes, y hasta hemos tenido un cuento sorprendente, como el de la señorita Winston. Pero todavía falta el mío.

Ahora sí, el silencio fue realmente notable…, hasta que Peter Marlowe susurró:

—¿Su cuento? ¿Usted también va a participar?

—¿Por qué no? —sonrió horrorosamente Queen Perverse.

—A mí no me parece aceptable —dijo John Hawkins—. Según entiendo usted es quien decide en última instancia quién se lleva el primer premio de veinticinco mil dólares, así que si dice que el mejor cuento es el suyo resultará que ninguno de nosotros tendrá ni siquiera opción a discutírselo.

—Estoy de acuerdo con el señor Hawkins —dijo Sergio Cavalli.

—Y yo también —gruñó Ronald Ferguson—. Francamente, su actitud no me parece nada correcta, señora. Yo creo que todos estamos de acuerdo en que usted debería estar fuera de concurso.

—¡Naturalmente que sí! —apoyó muy enfadada Eleonor Chalmers—. No me sorprendería nada que usted tuviera bien estudiado un cuento muy especial que nos convenciera a todos de que era el mejor… Sin embargo, no sé por qué, tengo la impresión de que usted ha contado ese cuento muchas veces, reservándoselo como un triunfo ante cualquier cuento de sus invitados. Quiero decir que mi impresión es que no es la primera vez que usted convoca este… concurso, y que seguramente lo gana siempre. Y si es así me parece una burla, francamente.

Los demás asintieron enfáticamente, sumándose a la opinión y la postura de Eleonor Chalmers, que afirmaba con la cabeza, como felicitándose a sí misma con su acertada intervención. Queen Perverse alzó sus repugnantes manos llenas de joyas de oro y

pedrería.

—Por favor —pidió amablemente—. Por favor, damas y caballeros. Tengo derecho a ser escuchada.

—No estoy muy seguro de eso —dijo amablemente Malcom Ryders—. Por otra parte, ya es bastante tarde, y deberíamos cenar. Sugiero que nos cuente usted su cuento después de la cena…, qué espero sea digna de tan simpática reunión.

—Me parece, señor Ryders —rió siniestramente Queen Perverse —, que la cena no le va a gustar. Digamos, para ser sinceros, que no va a haber cena. ¿Verdad que no, Camelia?

La mujer zombie apareció en la entrada al salón, lentamente, mostrando en sus labios que parecían de goma podrida una sonrisa adormecida. Sus ojos parecían más grandes y muertos que nunca.

—No habrá cena, Reina —dijo con voz resonante y blanda.

—No habrá cena, Reina —repitió Augustus, emitiendo una risa que parecía un crujido de cristales machacados.

—Al parecer —dijo Malcolm—, estamos siendo objetos de una broma… que no podemos comprender. Pero quizá la Reina sea tan amable de explicárnosla.

—No es ninguna broma —dijo Queen Perverse, exhibiendo su horrorosa sonrisa de dientes podridos—. Simplemente, exijo ser escuchada en mi cuento, y luego seguiremos la conversación. Tranquilícense, mi cuento va a ser más breve que el más corto de los de ustedes. Podríamos titularlo… «Terror Party», o quizá… «Asamblea de cuentos de miedo». Fíjense si es sencillo y breve: había, una vez una bruja malvada que se aburría sola en su castillo, en el que vivía en compañía solamente de una pareja de zombies; la bruja tenía mucho dinero, pero ningún amigo, nadie de familia, nadie a quien amar… Era tan fea que nadie la quería. Así que un día la bruja se dijo que si nadie la quería, peor para todos, y se buscó una diversión. Esa diversión consistía en poner anuncios en los periódicos convocando concursos de cuentos de miedo, mensualmente. Cada mes, pues, acudían a su casa de los pantanos unas cuantas personas más o menos morbosas, sádicas y malvadas, que sabían historias de miedo o se las inventaban con tal de ganar unos dólares que la bruja ofrecía. Cada mes, seis, ocho o doce personas acudían a la casa de los pantanos, y en la reunión, en la Terror Party, explicaban sus cuentos de miedo, algunos

refocilándose, otros gozando de las maldades relatadas por otros… Casi ninguno de los invitados era persona sana de mente y pensamientos, o digamos que no era mucho mejor que la anfitriona. Así que, cuando todos terminaban sus cuentos, la anfitriona contaba el suyo, pues también tenía derecho a divertirse… ¿No están de acuerdo?

Nadie contestó. Todos miraron con los ojos muy abiertos, tensa la expresión, a Queen Perverse. Los más tranquilos, casi sonrientes, eran Malcom Ryders y Patricia Winston.

—Yo diría que sí están de acuerdo —dijo Queen Perverse—, de modo que vamos a terminar. Este es mi cuento: la vieja bruja escuchaba los cuentos, y cuando todos habían terminado ordenaba a sus dos sirvientes zombies que dejasen escapar el gas narcótico de unas cápsulas especialmente preparadas en un laboratorio. Consecuencia de ello era que los invitados se dormían inmediatamente…, y cuando despertaban estaban en el sótano, desnudos, sujetos a cadenas, y a disposición de la bruja, que haciéndolos pedacitos, gozando se en sus sufrimientos, y dejando sus esqueletos mondos y lirondos para luego colgarlos en todas las habitaciones y pasillos de la enorme casa. Y así, mes tras mes, la malvada bruja iba recibiendo tandas de codiciosos y perversos invitados sin que nadie jamás pudiera encontrar ninguna pista sobre su paradero. ¿Les ha gustado?

Todos parecían estatuas. Todos estaban lívidos, demuda dos los rostros…, excepto Malcom Ryders, que alzó una mano.

—¿Puedo preguntar algo? —solicitó.

—Cómo no, señor Ryders —le miró amablemente el satánico ojo de la Reina Perversa—. Pregunte, pregunte.

—Mi pregunta es esta: ¿cómo explicarnos la gran fidelidad que le tienen a usted Camelia y Augustus?

—Me sorprende su pregunta, francamente. Ya quedó bien claro antes, que ellos me aman de modo muy especial y fiel porque fui yo quien después de que estuvieran muertos los volví a la vida. ¿Acaso el don de una segunda vida no merece un gran amor y fidelidad?

—Es cierto —jadeó en la puerta Camelia—. ¡Es cierto, ella nos dio la segunda vida, ella…!

—¿Y quién les quitó la primera? —interrogó Malcom.

—¿Qué? —pareció aturdida Camelia.

—Pregunto —dijo muy lentamente Malcom Ryders— que quién os quitó la vida a Augustus y a ti. ¿No recordáis…?

—¡Cállese! —ordenó Queen Perverse—. ¡Lanzad las cápsulas de gas, no quiero escuchar más a ese hombre!

—Tranquilícese, vieja asquerosa —se puso en pie Malcom, ahora ya convencido de que realmente tenía opción a una salida—. Usted ya ha contado su cuento, y ahora yo voy a contar otro de regalo, eso es todo. Y este es el cuento: había una vez una hermosa pareja…

—¡Cállese! —aulló Queen Perverse—. ¡Augustus, Camelia, arrojad el gas…! ¡Matad a ese hombre!

Augustus y Camelia permanecían inmóviles como si fuesen de madera, y Malcom Ryders, tras pasarse la lengua por los labios, prosiguió:

—… Había una vez una hermosa pareja de apuestos jóvenes llamados Camelia y Augustus, que se amaban muchísimo; una vez leyeron en los periódicos que una bruja ofrecía dinero a cambio de cuentos de miedo, se presentaron al concurso, y fueron asesinados en un sótano; luego, la horrorosa bruja pensó que ambos eran muy hermosos y que resultaban estéticos incluso después de muertos, así que… los volvió a la vida y los convirtió en sus fieles criados. Y ellos estaban muy contentos, porque aunque no podían hacer el amor, sí podían besarse y abrazarse, y verse el uno al otro aunque fuese como tristes zombies sin vida ni muerte, y servían fielmente a la bruja que los había matado cuando eran seres vivos que se amaban y gozaban de la vida, del sol, y el uno del otro y del amor completo que los unía entonces, un amor que ahora son sólo cenizas que saben a muerte. Así que ahora, Augustus y Camelia, sólo pueden besarse con sabor a muerte y perpetuar su muerte al servicio de quien los asesinó y les robó su alegría de amar y ser amado. Fin del cuento.

Talmente parecía que el salón fuese un museo de figuras de cera. Ni siquiera se movían las llamas de las antorchas. Todas las miradas estaban fijas en Queen Perverse, que semejaba una araña atemorizada por el fuego… De pronto, Camelia se movió, y todas las miradas fueron hacia ella.

—¡Así! ¡Así es como has de arder, maldita bruja, mientras Augustus te estrangula! ¡Tanto tiempo sirviéndote creyendo que te

debíamos la segunda vida y resulta que tú nos quitaste la primera, la mejor, la única que valía la pena…!

Cuando los invitados a la Terror Party salían de la casa comenzaban a elevarse las llamaradas que, saltando de las ropas de Queen Perverse prendían en las cortinas…

—Augustus —gimió con voz putrefacta Camelia—. ¡Augustus, es por culpa de ella que no podemos amarnos, es por culpa de ella! ¡Yo he comprendido el cuento!

—¡No! —gritó Queen Perverse, poniéndose en pie con grotesca rapidez—. ¡Ese hombre os ha mentido para…!

Una de las manazas de Augustus se adelantó, alcanzó el cuello de Queen Perverse, y se cerró en su torno. Fue talmente como si un gigante asiera el cuello de un pajarillo. Queen Perverse emitió un bramido que pareció más bien el chillido de una rata histérica, y sus manos se crisparon en la enorme muñeca del zombie. Gritaba, pataleaba y quería decir algo, pero sólo emitía chillidos de rata loca…, mientras Augustus la sostenía en alto con toda facilidad, a dos palmos del suelo…

—¡No la mates, Augustus! —chilló Camelia—. ¡Quiero quemarla viva! Ella nos mató, ella nos impidió vivir con amor de verdad. ¡No la mates, vamos a quemarla viva…!

Camelia descolgó una antorcha, y se acercó a Augustus y Queen Perverse, la cual continuaba chillando enloquecida suspendida por el cuello de una mano del gigante. Camelia llegó con la antorcha cuando el ojo auténtico de la Reina comenzaba a desorbitarse, como una repugnante mancha de tinta negra que fuera a desparramarse por el rostro, y aplicó la llama al recargado vestido de Queen Perverse, que prendió inmediatamente.

Malcom Ryders se inclinó hacia Patricia Winston, y dijo, confidencialmente, en tono de lo más simpático:

—No pretendo dármelas de listo, pero yo diría que es el momento de escapar de aquí todos, subir a la camioneta, y regresar a Charleston para informar a la Policía de este Terror Party.

Patricia le miró con ojos desorbitados, y de repente se puso en pie, se tomó de la mano de Malcom, y echaron a correr hacia la puerta…, seguidos inmediatamente por los demás invitados. Todavía, mientras cruzaban el vestíbulo de la casa de los pantanos, oían la voz rencorosa de Camelia, la bella zombie:

ESTE ES EL FINAL

Todavía quedaban restos de llamas en la vieja casa cuando el teniente Hallis, del Police Department de Charleston, se acercó al grupo de personas que permanecían juntas contemplando los restos. Por encima del incendio ya caduco aparecía la bóveda celeste, tapizada de refulgentes estrellas. Olía a quemado, a podrido… y a siniestro.

—No sé lo que encontraremos cuando podamos examinar toda la casa —dijo Hallis, estremeciéndose—, pero sé lo que hemos encontrado ahora. Aparte Augustus y Camelia, hemos encontrado lo que supongo fueron Queen Perverse, Augustus y Camelia. Santo Dios, ¡ese zombie tenía en una mano el cuerpo de la vieja sujeto por el cuello, y en la otra mano tenía la cabeza! ¡Ha debido arrancársela como… como…!

—Teniente —masculló Malcom Ryders—: ¿acaso va a contarnos usted otro cuento de miedo?

—¿Eh…? ¡No! ¡Por todos los demonios, claro que no!

—Entonces voy a permitirme hacerle una amable sugerencia: ¿por qué no se ocupan ustedes de su trabajo, y, como agradecimiento a nuestra llamada, nos permiten que vayamos a Charleston a esperar que nos cite para hacer las declaraciones que vengan al caso?

Hubo algunas risas nerviosas en el grupo. El teniente Hallis, por supuesto, accedió a la petición de Malcom, y un par de minutos más tarde los invitados a la Terror Party se alejaban de las humeantes ruinas en la camioneta amarilla. Al llegar adonde habían dejado los coches cada cual prefirió continuar el viaje en el suyo hacia Charleston, dejando abandonada la camioneta, y tras acordar reunirse en el Sumter Hotel.

Pero la señorita Winston agarró de una mano al señor Ryders cuando éste se disponía a ir hacia su coche, y murmuró:

—Yo vivo en Charleston… Quiero decir que no tengo que ir a ningún hotel, Malcom.

—Caramba, qué bien —sonrió Ryders—. Enhorabuena.

—Se me ocurre —susurró la muchacha— que tal vez preferirías pasar el resto de la noche en un apartamento confortable, que en un hotel.

—Pues sí que lo preferiría —admitió Malcom, tomándola por la cintura—, pero no tengo ni pizca de sueño, de modo que si voy a tu apartamento, y te tengo a mi alcance, tan hermosa…, quizá se me ocurra hablarte de amores. Y te aseguro que yo no soy un zombie.

—Estupendo —sonrió dulcemente Patricia, ofreciéndole los labios—. Estupendo… ¡Estoy deseando llegar a mi apartamento!

FIN